

El hombre que está solo y espera

Raúl Scalabrini Ortiz

Librerías Anaconda, Buenos Aires, 1933

La primera edición de esta obra apareció el 15 de Octubre de 1931, en la editorial de Don Manuel Gleizer. La segunda edición, el 31 de Diciembre de 1931. La cuarta edición apareció el 1º de Julio de 1932, en la Sociedad Editorial Tráfico. La quinta edición apareció el 15 de Noviembre de 1932, ordenada por las Librerías Anaconda.



Es costumbre mentarlas, y por eso el autor confesará la profesión de un opúsculo de matemáticas, editado en 1918; un libro de cuentos titulado “La Manga”, publicado por Gleizer en 1923; una comedia mal facturada, que se representó fragmentariamente en 1926. Realizó además una sostenida campaña pro reconocimiento de bondades porteñas, como redactor de “La Nación”, “El Mundo”, “El Hogar”, y “Noticias Gráficas”. Pero su obra mejor, la más indiscutiblemente porteña, está en sus incurias, en sus vagancias por las calles, es sus representaciones, es su amor a la ciudad, jamás desmentido, y en esta certidumbre, lector, de que yo y usted tenemos un mismo sueño parejo...

¡ C R E E R !
He allí
toda la magia
de la
vida

Atreverse a erigir en creencias los sentimientos arraigados en cada uno, por mucho que contraríen la rutina de creencias extintas, he allí todo el arte de la vida.

LECTOR:

No catalogue vacío de sentido a lo que en el interior de este libro llamo “espíritu de la tierra”.

Si por ingenuidad de fantasía le es enfadoso concebirlo, ayúdeme usted y suponga que “el espíritu de la tierra” es un hombre gigantesco. Por su tamaño desmesurado es tan invisible para nosotros, como lo somos nosotros para los microbios. Es un arquetipo enorme que se nutrió y creció con el aporte inmigratorio, devorando y asimilando millones de españoles, de italianos, de ingleses, de franceses, sin dejar de ser nunca idéntico a sí mismo, así como usted no cambia por mucho que ingiera trozos de cerdo, costillas de ternera o pechugas de pollo. Ese hombre gigante sabe dónde va y qué quiere. El destino se empequeñece ante su grandeza. Ninguno de nosotros lo sabemos, aunque formamos parte de él. Somos células infinitamente pequeñas de su cuerpo, del riñón, del estómago, del cerebro, todas indispensables. Solamente la muchedumbre innúmera se le parece un poco. Cada vez más, cuanto más son.

La conciencia de este hombre gigantesco es inaccesible para nuestra inteligencia. No nos une a él más cuerda vital que el sentimiento. Cuando discrepemos con sus terminaciones, quizá en el corazón tengamos una avenencia.

LA GOTA DE AGUA

Acuidad avizora y vocación sin desfallecimientos deben sostener al que procure indagar las modalidades del alma portería actual. Y digo actual, porque se me ocurre una irreverencia macabra la de andar desenterrando tipos criollos ya fenecidos —el gaucho, el porteño colonial, el indio, el cocoliche— cuya privanza inalienable, aquella que no es mera caricatura o pintoresco señuelo de exotismos, pervive y revive en la auscultación clarividente de la actualidad. En el pulso de hoy late el corazón de ayer, que es él de siempre.

La tarea es desalentadora. Muchos hábiles y bien pertrechados investigadores de almas se resignaron a distraernos de su fracaso, connotando las peripecias de sus frustradas tentativas, y algunos incurrieron en la ligereza de negarle a Buenos Aires, y por lo tanto a la república, una arquitectura anímica completa e inconfundible. Razones étnicas y simples traspasos de criterios, y no verdaderas comprobaciones de realidad informaron esos pareceres apresurados. Su penetra-

ción no alcanzó a revelarles uno de los más extraordinarios poderes de Buenos Aires: su facultad catalíptica de las corrientes sanguínea».

Excúseseme esta imagen que utilizaré seducido por su valor de persuadan. Dos gases son el hidrógeno y el oxígeno, y en ser dos gases distintos se obstinan por mucho y muy enérgicamente que se los mezcle. Podrán variarse las proporciones, batirlos, trasvasarlos, presionarlos, y los dos gases seguirán irreductiblemente aislados ante la pericia del químico. Pero un agente cataléptico —una esponja de platino, una chispa eléctrica— determina su inmediata combinación en un compuesto cuyas propiedades rechazan toda relación de parentesco con los progenitores: el agua. El porteño es, una combinación química de las razas que alimentan su nacimiento. El porteño es esa gota de agua, incolora, inodora e insípida que brota en el fondo del tubo de ensayo o que el cielo envía para que la tierra fructifique.

Porque es entrevero de impertinente causalismo, ignoraré por ahora la residencia de esa facultad y lio me arriesgaré a dilucidar si proviene de la facilidad de subsistencia, de la superabundancia de alimentos, del contagio de la soledad de los hombres que llegaron solos tras una felicidad que se les escabullía de las manos de la proximidad de la muerte y del tiempo que pasan rozando la llanura, de la inestabilidad de los azares o del agobio

de su cielo demasiado. Con virgen encantamiento de niño, me abandonaré ahora a la contemplación del mundo que se refleja en esta gota de agua que rehila entre mis dedos.

La expedición es riesgosa. No hay accesorios que puedan adquirirse a bajo precio: croquis que admitan un retoque, despliegues de almas perfectibles. Todo lo porteño, el observador debe extraerlo de esa veta rebelde y subterránea que el espíritu forma bajo los hechos. Debe descubrir las escenas, como quien descubre una gema; sopesar los caracteres, inventar nuevos patrones de medición; despojar al criterio de los engañosos convencionalismos europeos, pescar las palabras definidoras; formar hombres prototipos, superponer manías individuales para trazar en la manía envolvente la necesidad colectiva que las involucra a todas. Bucear en el ambiente, y sentir y pensar y actuar, a pesar suyo, como uno cualquiera, viéndose y estudiándose vivir. Ser conejito de indias y experimentador, simultáneamente. Padecer y gozar, clasificando el padecimiento o el goce en personal y genérico y así incansablemente, para despellejar y mirar más de cerca a los tipos apócrifos: el malevo, el patotero, el hincha...

Construirlo todo, todo, y he allí lo desalterador, hasta la misma realidad. La que el porteño muestra, es su mentira. Al conferirlos, el porteño des-

virtúa sus sentimientos más nobles por inspiraciones de un raro pudor; sus ideas, por impropiedad de sus medios comunicativos. Sirva de paradigma el piropo, connivencia sin permutas corporales entre el hombre y la mujer.

LOS OJOS INFIDENTES

Toda referencia de un porteño sobre la mujer es rencillosa. Sus juicios son lanceteos de animosidad, provocaciones discordantes, que tienen una sonrisa escéptica chorreando a flor de labio. En su acepción corriente, alabanza afectada, decir desinteresado en que la mujer es motivo congruente de una frase lisonjera y ampulosa, yo no he visto brotar un piropo de una boca porteña.

No pretende mi afirmación excluir del espíritu porteño a los muchachos que en las esquinas de un almacén y en las calles que se hacen solariegas y en las aburridas sonochadas de los barrios ofrendan regalitos verbales a las mucamas y a las mocosas. Tampoco busca desengañar a las muchachas que, con paso remolón y talante falsamente esquivo, recogen en las tardes del domingo el emperifollado elogio de los grandes boulevares: Cabildo, Triunvirato, Santa Fe, Rivadavia. Son pequeñas aldeas y pequeñas explosiones que están al margen de la continuidad urbana, y rechazan la acepción del piropo casi tan encabritadamente como las exclamaciones que en la noche rezuma la

virilidad excitada en vecindades lúbricas. A talea desusos no se les puede llamar piropos, sino por incapacidad o ausencia de un idioma vernáculo en que todas las inflexiones de la intención se estampen en palabras. Son frases filosas, casi pérfidas, vacías de palabras, con su gesticulación reducida a su variedad tonal. Cada una de ellas es síntesis de una tragicomedia muda y reñida con toda atinencia social. “¡Qué papa!” “¡Lindas piernas para un invierno!” “¡Si yo fuera su hermano no la dejaba andar sola!”

Quiero olvidar en este momento aquellos decires chabacanos que son la voz de un grupo que está pidiendo un chiste para reír, y aun aquella frase trivial que articulamos sin darnos cuenta y sin interrumpir al andar de una conversación.

Pero el hombre porteño —celoso de sus privilegios masculinos— obsequia a la mujer un homenaje en que jamás puede ser sorprendido en delito de adulonería sexual, ni en solicitudes de cariño. El hombre porteño en ninguna ocasión depone su perversidad verbal. Sólo es dadivoso de ternura y suplicante de ella cuando mira. El piropo del hombre porteño es su mirada. La mirada traiciona la cáscara de encanallamiento en que se guarece. En las calles, en los tranvías, en los intervalos de los cinematógrafos, en los entre actos de los teatros, en los vagones del subterráneo, en todas partes donde está solo consigo mis-

mo frente a una mujer bonita, el porteño desenfunda una mirada diáfana erótica en que se redime de toda fruición rijosa.

Esa mirada es una caricia sin énfasis, un cachaciento mímico que se apega a las formas de la mujer y las va enhebrando a sus inconfesiones dormidas. Con lerdas pausas, la mirada cae, lacia, de la frente a las pantorrillas, repecha por las caderas, ondula junto a los pechos, roza el mentón, se esponja en los cabellos, en cateos espaciosos, y al fin acampa en los ojos vecinos, como paisano sediento en el jagüel. Allí se estanca en solicitud despierta e insistente de una mirada recíproca que justifique sus sueños. Las mujeres no son indiferentes a esos ojos que reverberan sumisos frente a ellas con terquedad de hipnotizador. Los finos tentáculos visuales se presienten sin escrutar el sitio de donde llegan. Hay delicadezas de idólatra en el tacto y una reverencia que ningún otro deseo empaña.

Mas no se intente remontar el curso meandroso de los sentimientos de ese admirador efímero y desinteresado, porque el porteño despistará al impertinente que se atreve a expugnar su confianza. Se agazapará, prevenido, y desconcertará al intruso con una estimación burlesca o un ex abrupto cínico. Dirá: “¡Qué bien está esa hembra!” Los sentimientos y la especie de sus fantasías deben investigarse por atajos que no hieran su ex-

trema quisquillosidad. Una música, lastimada y sencilla, traduce esa admiración de resignada expectativa: es la música del tango. Y unas palabras superpuestas procuran fingirle una torpeza o una cavilación ajena a ella: son las letras de los tangos. La música dice las amarguras de todos los porteños; la letra, la de unos pocos en que los demás se justifican. Este es apunte que las nuevas letras de tango no quieren servir, porque las letras de tango marcan de más en más la trascendencia de una pequeña metafísica empírica del espíritu porteño.

“Los ojos de todos los argentinos se parecen”, decíame en París una amiga que había conocido a muchos. Muy tarde comprendí que ella se refería, no a los ojos en sí, celestes, pardos, garzos, marrones, saltones, ojerosos, sino al estado de ánimo que revelaban. Comprendí que mi amiga en los ojos porteños escuchaba una música. Y esa es la dificultad: ¿De qué palabras dotaremos a esa música que no se oye y que no se puede denominar sin desmentirla y falsearla?

UN OLVIDO DEL EGOÍSMO

Hay otro escollo a salvar en el pedregoso camino de la enumeración que debe ser como la partida de nacimiento del hombre de Buenos Aires: es que el testimonio de lo porteño circula en una sistematización formalmente europea, mantenida casi intacta en el trasplante. Lo que ha variado es la substancia. El que mire fisonomías o hábitos creerá estar en Europa, no el que fije pulsos o inspiraciones.

En realidad, ninguna de las instituciones europeas ciñe las correspondientes sinuosidades de la idiosincracia porteña. Se las acepta como el hombre atareado acepta el traje de confección, donde unos miembros huelgan y otros van maldispuestos. Ni siquiera son idénticas aquellas instituciones más amplias, ubicadas en proximidad de lo específicamente humano, como la amistad. El vocablo que traduce esa trabazón de personas es el mismo, y son los mismos los modos de conjurarla. Sin embargo, los ejercicios de espíritu que promueve son distintos.

En la amistad europea hay un pacto tácito de

colaboración, un complot de conveniencias sin escapatorias ni empalmes sentimentales. En la amistad porteña hay un desprendimiento afectivo tan compacto que es casi amoroso. La amistad europea es un intercambio. La amistad porteña es un don: el único de esta tierra.

La amistad europea es dilatada y playa: sus puntos de contacto son innumerables y extrínsecos a ella misma. Dos rentistas del “tres por ciento”, dos burócratas del mismo ministerio, dos descendientes de nobleza abolida, dos literatos de la misma escuela, dos comerciantes de provechos coincidentes; dos obreros de la misma industria acuñan opiniones similares sobre finanzas, nacionalismo, ética, política o religión, porque ambos son voceros de la misma tradición, repetidores de iguales cánones. Las minúsculas discrepancias individuales son el aderezo de la concordancia general. Donde los hombres se casan atraídos por la dote de sus cónyuges, no es posible que seleccionen sus amigos entre adversarios de sus intereses materiales.

La amistad porteña es juego más egocéntrico. Es restringida en causas y profunda. Entronca en la simpatía personal y se nutre con los sentimientos comunes. Sin que la afección se menoscabe por ello, dos amigos porteños pueden desempeñar actividades opuestas, ser contrincantes políticos,

militar en campos sociales adversarios, profesar creencias o cultos antagónicos.

En el comienzo de una amistad se vislumbran con mayor nitidez las reglas que la conducen. El conocimiento de las personas es coyuntura de azar en que interviene casi siempre la presentación de un amigo común. El porteño desconfía de las relaciones en que un amigo anterior no tuvo ingerencia. La simple vecindad de habitación o de trabajo difícilmente sella verdaderos actos amistosos. “También vos sos un desorejado. ¿Quién te manda confiar en un tipo que no conoces?”. Este es reproche corriente. El “no conoces” significa: “que no te fue presentado por nadie”.

Ya enfrentadas en conocimiento, dos personas que permutan una simpatía primeriza y, sin declararlo, se asocian en voluntad de instaurar una amistad, tantean, en plática aparentemente desgana, los temas en que un enlace de opiniones es hacedero. Hay una simpatía troncal; para perdurar, esa simpatía necesita parcelarse en diálogos, en conmutación de emociones donde la lumbré cordial de una compañía se ensancha. Para conversar, es necesario hallar los tópicos comunes. Por otra parte, como diremos después, una concomitancia es siempre posible entre dos porteños encuadrados en ciertas restricciones de edad. Se opera con expresiones vivaces, con preguntas inusitadamente corteses, con referencias e informa-

ciones cuyas palabras van enmendadas por el tono en que se articulan, con opiniones jamás terminantes. Quien en iniciación de amistad emplea frases categóricas, es que no quiere ser amigo de su interlocutor. El que busca amistad no sustenta sus opiniones cuando son desfavorablemente recibidas. Por eso las emite sin concederles importancia, sino dispuesto a rectificarse, listo para retirarlas, provisoriamente a lo menos. “Dicen que los radicales ganarán en la provincia”... “Le confieso que la política me tiene un poco harto”... Y se pasa a otra cosa. En el fondo de esas frases hay una discrepancia que no se procura sobrepujar. Cuando esos tanteos descubren la zona neutral, los temas en que una paridad de criterio facilita el afianzamiento de un afecto, el entusiasmo se desborda en confirmaciones. “Ajá. Tiene usted razón. Es muy bueno. No había caído en la cuenta”.

Una vez entablada la amistad es ajuste sagrado. Ni los vaivenes de la fortuna, ni los tropiezos de las empresas, ni los malogros de las intenciones pueden destruirla. “Pucha que mala suerte tiene Mauricio. Ya lo dejaron cesante otra vez”. O bien: “Juan está en la buena racha. ¡Mira que anda ganando dinero!” Todo delito halla una excusa en la intimidad del sentimiento porteño, todo fracaso un atenuamiento, menos los delitos inferidos a la estrecha ligazón que presupone la amistad.

Ser “falluto”, infiel a los compromisos de la camaradería, es baldón infamante, desdoro que no se perdona.

La amistad porteña es una caricia de varones que no se doblegan ante el destino ni gustan proferir quejumbres. La amistad tiene ternuras de madre. “Che, Antonio no anda bien. Está flaco y preocupado. ¿Por qué no lo hablas vos que sos más amigo de él?” “Es ese metejón el que lo tiene embromado. La tipa es una desvergonzada”. “¡Caramba! ¿Y cómo podríamos darle una manito?” La amistad, cuando se estrecha, es así: un poco responsera: “Mirá, vos no tenés que hacer esa macana”. Pero no es inquisidora. El que mucho inquiere y fuera de lugar es un “secante”, un amigo engorroso.

La amistad no persigue remuneración alguna. Se da libremente. Un buen amigo no podría ser feliz sabiendo que sus amigos no lo son. Dos amigos forman una tertulia, un mundo completo y ficticio en que el mundo ya no es valedero. La amistad porteña es un fortín ante el cual los embates de la vida se mellan. La amistad porteña es un olvido del egoísmo humano.

EL HOMBRE DE CORRIENTES Y ESMERALDA

Para no amilanarme ante los fantasmas
que la imaginación procrea en las tinieblas,
para no desorientarme en la maraña de variedades porteñas que a veces simulan desdecirse de un barrio y aun de una cuadra a otra, me dilaté en la nada fatua sino imprescindible creación de un hombre arquetipo de Buenos Aires: el Hombre de Corrientes y Esmeralda. En otro lugar aduciré las razones que me movieron a ubicarlo en esa encrucijada, para mí polo magnético de la sexualidad porteña.

Este hombre es el instrumento que me permitirá hincar la viva carne de los hechos actuales, y en la vivisección descubrir ese espíritu de la tierra que anhelosamente busco. Será la guía, la linterna de Diógenes con que rastrearé el hombre en quien ese espíritu se encarna. Lo muy grande hay que inducirlo de la observación de una partícula, no del enfocamiento directo. El que mira todo el bosque de manzanos, no ve más que el bosque. Pero el que se reduce a mirar profundamente una

sola manzana puede inferir el régimen de todas las manzanas.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda es un ritmo de las vibraciones comunes, un magnetismo en que todo lo porteño se imana, una aspiración que sin pertenecer en dominio a nadie está en todos alguna vez. Lo importante es que todos sientan que hay mucho de ellos en él, y presientan que en condiciones favorables pueden ser enteramente análogos. El Hombre de Corrientes y Esmeralda es un ente ubicuo: el hombre de las muchedumbres, el croquis activo de sus líneas genéricas, algo así como la columna vertebral de sus pasiones. Es, además, el protagonista de una novela planeada por mí que ojalá alguna vez alcance el mérito de no haber sido publicada.

No se alboroten, pues, los políticos ni los granjeadores de voluntades. El Hombre de Corrientes y Esmeralda no es ladero para sus ambiciones. Su nombre no figura en los padrones electorales ni en las cuentas corrientes de los bancos, ni en los directorios de las grandes compañías ni en las redacciones de los diarios ni en las nóminas de comerciantes o profesionales. No es un obrero ni un empleado anónimo.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda es el vórtice en que el torbellino de la argentinidad se precipita en su más sojuzgador frenesí espiritual. Lo que se distancia de él, puede tener más incon-

fundible sabor externo, peculiaridades más extravagantes, ser más suntuoso en su costumbrismo, pero tiene menos espíritu de la tierra.

Por todos los ámbitos, la república se difumina, va desvaneciéndose paulatinamente. Tiene sabor peruano y boliviano en el norte pétreo de Salta y Jujuy; chileno en la demarcación andina; cierta montuosidad de alma y de paisaje en el litoral que colinda con el Paraguay y Brasil y un polimorfismo sin catequizar en las desolaciones de la Patagonia.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda está en el centro de la cuenca hidrográfica, comercial, sentimental y espiritual que se llama República Argentina. Todo afluye a él y todo emana de él. Un escupitajo o un suspiro que se arroja en Salta o en Corrientes o en San Juan, rodando en los cauces, algún día llega a Buenos Aires. El Hombre de Corrientes y Esmeralda está en el centro mismo, es el pivote en que Buenos Aires gira.

El mismo Hombre vertió las palabras puntualizadoras de su efectividad en el arresto sin cálculo de un acaloramiento, de un querer demasiado tirante o de un pequeño descuido del recelo personal, pacientemente incubado por mí. El Hombre nació en apuntes apresurados de un partido de fútbol, de un asalto de box, en las reacciones provocadas por un niño en peligro, en la agresión a un indefenso, en la palpitación de las muche-

dumbres de varones que escuchan un tango en un café; en el atristado retorno a la monotonía de sus barrios de los hombres que el sábado a la noche invaden el centro ansiosos de aventuras; en las confesiones amicales arrancadas por el alba, en los bailes de sociedad y en la embriaguez sin ambajes de un cabaret; en algunos comentarios perspicaces y también en personas que exageraban involuntariamente un motivo mitigado en los demás.

En todos y en cada uno vive el Hombre de Corrientes y Esmeralda. Se le desconocía. El conocimiento es casi una verbalidad, y los hombres que podían metrificar su voz se irritaban la garganta amaestrando oraciones extranjeras o evaporaban sus propósitos en un silencio lleno de mañanas que perezosamente se trocaban en ayeres...

EL HIJO DE NADIE

El Hombre de Corrientes y Esmeralda, que para mí será el Hombre por antonomasia, descende de cuatro razas distintas que se anulan mutuamente y sedimentan en él sin prevalecimientos, pero algunas de cuyas costumbres conserva, negligente, a través de las metamorfosis corporales en que se busca afanosamente a sí mismo. Ninguna de ellas media en sus sanciones, aunque hay resabios de su prehistoria que hablan de mundos más gratos. Por eso, los que atesoran unos pesos no pierden su escapadita a Europa. Su tolerancia tiene un cimiento firme en su pro genie cosmopolita. Nada humano le es chocante, porque no le atenaza la herencia de ningún prejuicio localista. El hombre porteño tiene una muchedumbre en el alma. Cada grito encuentra un eco en que se prolonga sin extenuarse y sin perturbar a los demás. Es indulgente, pero no ecléctico. El eclecticismo le desplace porque insinúa debilidad o doblez de carácter. Su indulgencia no es flojedad: es vacilación entre cosas que no le atañen, porque, fuera de sí mismo y del espíritu de su tierra, pocas cosas concitan al

Hombre de Corrientes y Esmeralda. En su destino y en los sentimientos adicionados a él, es intransigente. No discute jamás estos temas: se aparta de los que disienten. Pero en las emergencias en que su propia existencia no está en juego, irgue una sonrisa.

Como si no se dirimieran trámites suyos, se ríe sin embozo de los sainetes en que los europeos, gringos, gallegos, turcos o franchutes se trenzan en baladronadas nacionales. Y es que los asuntos europeos, con estar tan cerca, están más lejos de él que si estuvieran en la luna.

El hombre porteño es en sí mismo una regulación completa, oclusa, impermeable, es un hombre que no pide a la providencia nada más que un amigo gemelo para platicar. El hombre europeo es siempre un segmento de una pluralidad, algo que unitariamente aparece mutilado, incompleto. El porteño es el tipo de una sociedad individualista, formada por individuos yuxtapuestos, aglutinados por una sola veneración: la raza que están formando.

El porteño, habituado a su aislamiento, es de albedrío rápido, de despejos bruscos, despabilado en la eventualidad. El europeo es mutualista, precavido y lento en sus reacomodos personales inopinados.

Por eso, el hijo porteño de padre europeo no es un descendiente de su progenitor, sino en la fisio-

logía que le supone engendrado por él. No es hijo de su padre, es hijo del país. “Sorprende, dice Emilio Daireaux, que era francés y buen mirador del país, que el hijo criollo nacido de padre extranjero sea capaz de enseñar a su padre la ciencia de la vida, tan difícil de aprender para el que se transplantó a un país nuevo”. Y cuenta que en una excursión se produjo un desperfecto en el carruaje de un extranjero radicado desde mucho tiempo atrás en Buenos Aires. “Su hijo, de diez años de edad, nacido en el país, bajó del coche. Cortó, recortó, hizo nudos mágicos y corrigió el desperfecto. Al volver a su casa, dijo a su madre, de la manera más natural del mundo, sin orgullo, sin presunción:

—¡Ah, mamá, si no hubiera estado yo allí, no sé como se las hubiera arreglado papa!

Y era verdad. Esta facilidad para salir de apuros para encontrar recursos en sí mismo, en circunstancias difíciles, en resolverlo todo en plena pampa, que es instintiva del joven americano, sorprenderá siempre al viejo europeo, maduro y de experiencias, pero mal preparado para el aislamiento”.

Ese individualismo intrépido, que afronta la fatalidad con desenvuelto ademán, que no reconoce lindes a su independencia, que atropella y desquicia todos los principios de la sociedad europea, que derrocha su acopio vital en futesas y pasa-

tiempos sin utilidad material, hende un abismo entre el padre y el hijo. El padre se abochorna de sus impedimentos y el hijo en zaherirlo, se burla del padre. La potestad paterna es un mito en Buenos Aires cuando el padre es europeo. El que realmente ejerce la potestad y tutela es el hijo. “Mira, vos no te vas a burlar de mi viejo ¿sabés? El tano es bueno y lo tenés que respetar”. Así, cuatro millones de italianos que vinieron a trabajar a la Argentina, después de la maravillosa digestión, cuyos años postrimeros vivimos, no han dejado más remanente que sus apellidos y unos veinte italianismos en el lenguaje popular, todos muy desmonetizados: “Fiaca. Caldo. Lungo. Laburo...”.

La convivencia precaria tiende al dominio del régimen, al establecimiento de disciplinas y escalafones invulnerables. El hombre importa menos que la clase, o la casta. Sin mucho error, puede asegurarse que en Europa, en las naciones más alardeadoras, todo está prescripto. Cada generación se instruye cuanto puede en la anterior, y hasta lo emergente va encuadrado en cierta previsión estratégica y cooperativa. El que hipotecara su trabajo futuro —como es hábito aquí— sería tildado loco. De tanto rodar, el europeo es ya un pedruzco sin aristas, un canto rodado del tiempo y de las corrientes culturales. Hasta sus arrebatos, esas ebulliciones intempestivas, salen ya refrenados por una educación instintiva. Ser extrañado de su clase en

Europa es pena que amedrenta más que ser desterrado de su país en América. Ciertas regiones europeas desmienten mi generalización —demasiado suscita para ser firmemente exacta— con su confesión fácil, su irascibilidad, su turbulencia palabrera, pero esos ímpetus son excepciones y no rutina cotidiana, en que actúan sumisos, semejantes a los demás, en una palabra: conjeturables.

El porteño es, en cambio, indeductible. Ni su jerarquía pecuniaria, ni la estirpe de sus ascendientes, ni la índole de sus amigos dan pie a la inferencia de sus ideas o de sus sentimientos. Hay obreros conservadores y plutócratas revolucionarios. Lo ajeno no contagia al porteño. El porteño es inmune a todo lo que no ha nacido en él. Es el hijo primero de nadie que tiene que prologarlo todo.

LA TIERRA INVISIBLE

Pero hay una tragedia metafísica más terrible en el extranjero que inmigra. El europeo que reside en Europa es un hombre azuzado por la inseguridad de su subsistencia material. El cacho de tierra de cada uno es minúsculo, y hay que hacerlo producir a toda costa. La consecución de su alimento consume su voluntad. La pugna contra la naturaleza es ruda y sin tregua. Para vivir, nada más, hay que bregar duro y tendido. Hay que abonar las tierras, prevenir los granizos y las inundaciones, combatir las plagas, cuidar los ganados, apacentar los animales, curarlos cuando enferman. El hombre rural europeo no pierde tiempo en pensar. El tiempo es para él otra herramienta de trabajo. Esta contracción hizo a los europeos laboriosos y ahincados. Además, allí la tierra es gozosa y se atavía con altozanos, collados, bosques, hondonadas, y no chasquea nunca el recreo de los sentidos, donde el espíritu encalla.

Con otros portes, el europeo urbano reproduce las características del europeo rural. De un modo o de otro la tierra manda. Nada se desperdicia

en las ciudades. Todo confluye a un máximo apromchamiento material. El que tiene una idea la labra, la cultiva y le extrae un rendimiento portentoso. Hay así algunos literatos vacuos que son eminentes por la técnica, pensadores que alimentan una copiosa producción con ideas substraídas de otros libros ya olvidados. Pero, dentro de su exigüidad, el europeo es casi feliz. La premura de su trabajo le impide ser consumido por el pensamiento de su brevedad. No tiene tiempo para saberse perecedero. Es un trabajador que labora como si fuera eterno: libre de aflicción de mortalidad.

Aquí la lucha no encara a la naturaleza física, aquí la lucha encara a la naturaleza espiritual. Aquí la tierra es opulenta, dócil; es tierra apurada por germinar. El trabajo es de alientos lánguidos, es trabajo que no jadea y está henchido de promisiones que se cumplen a la primera genuflexión. Pero es una tierra que amilana los sentidos, que posttra la sensualidad, una tierra invisible, aun para el cuerpo que la holla, una tierra casi inhumana, impía, chata, acostada panza arriba bajo un cielo gigantesco. Es una tierra inasible, sin actualidad, que ni se ve, ni se oye —muda, inmóvil— una tierra sin pájaros, sin bichos. El hombre, frente a ese sosiego pródigo en beneficios materiales, queda alelado por los pensamientos y las emociones que flotan como vahos deletéreos. Allí todo parece vano, superfluo, pueril. “Todo pasa” dice la lla-

nura. “Todo pasa” dicen los cuartos de lunas que se engalanan y agonizan en un mes. El hombre, lacerado por la estupenda indiferencia del cosmos, se pregunta: “¿Para qué?” “¿Y pa qué?” “Si de todos modos te vas a morir” “¿Pa qué deslomarse si tu suerte es reventar?” La pampa abate al hombre. La pampa no promete nada a la fantasía; no entrega nada a la imaginación. El espíritu patina sobre su lisura y vuela. Arriba está la fatídica idea del tiempo.

Hombres ociosos, taciturnos, sufridos y altaneros son los hijos de esa planicie. “Constituyen la raza con menos necesidades y aspiraciones que yo haya encontrado. Sencillas, no salvajes, son las vidas de esta “gente que no suspira de las llanuras”. Al que lo contempla, nada puede dar más noble idea de independencia que un gaucho a caballo”, según el testimonio imparcial de Samuel Haigh, viajero inglés que nos escudriñó allá por 1820. Más, también ¿qué temor, qué tentación, qué incertidumbre puede doblegar al hombre a quién la naturaleza avisa constantemente que se está muriendo? ¿Qué espejismo puede extraviarlo, qué complacencia solazarlo, qué contrariedad desmayarlo, qué apetito instigarlo, si lleva en sí mismo su vida y su muerte, enteras?

El labriego europeo invadió la pampa fascinado. La verdad de las extensiones fértiles excedía en mucho los más ávidos ensueños de su imaginación.

La labró, la dividió en predios, la rayó con su arado, la aspergó con su simiente, embriagado por la largueza con que le eran devueltos sus afanes. La llanura se inflamó un rato, alborotada por el animoso vigor europeo. Parecía que un barullo candido desarrugaba el ceño adusto de la pampa. En cada rancho había un botellón de vino, un hombre melodioso y un acordeón. Pero, poco a poco, la tierra se fue recobrando: aplacó los bullicios extemporáneos; apaciguó las exhuberancias del bienestar corporal. Volvió a imponer su despotismo de silencio y de quietud, volvió a quedar en suspenso y como en éxtasis. Manejando la tierra, el hombre fue allanado por la tierra.

Al conjuro irresistible de esa metafísica de la tierra, la continuidad de la sangre se quebró. El hijo del colono ya solfea una burla cuando rememora los que fueron acucios del padre. Tras el gran sacudón inmigratorio que descompaginó su tono, la pampa se reafirma, y los hombres recomponen su espíritu de siempre. Hay algunas intercalaciones, algunos simulacros de cercanías, algunas canciones que flojean en los boliches, junto a un trago de caña; algunos montoncitos de frutales que rebañan y conllevan toda la distracción de los ojos; algún camino sin baches que galopa en Ford hasta el caserío vecino, ya evaluado en población o ciudad. Cambiaron algunas indumentarias, algunos usos inapropiados se relegaron, pero ni el

perfil de las poblaciones ni las telarañas de los telégrafos han empequeñecido el cielo, ni tronchado los horizontes sin medida, ni acallado sus insinuaciones inexorables. Los días siguen deslizándose de naciente a poniente, con una evidencia de tiempo tan desanimada que todo atardecer es un acongojado: “Yo ya no vuelvo más y es un día menos para tí”. Y de nuevo los hombres se preguntan: “¿Y pa qué? ¿Pa qué deslomarse si tu suerte es reventar?” El presente invisible les insufló a todos la idea del tiempo y de su fugacidad. En silencio, el hombre sorbe sus mates y mira como se van los días.

LA CIUDAD SIN AMOR

En el peliagudo achaque de la avalancha inmigratoria, la ciudad se expuso a la contaminación de un espíritu ajeno a su traviesa austeridad. Pasó peligro de quedar segregada del campo, de formar una corporación sin parentesco con la pampa que la nutría y de quien era símbolo, resumen y pensamiento adicto. La ciudad estuvo en trance de europeizarse. La ciudad no usufructuaba elementos cósmicos para cautivar y asimilar los tropeles inmigratorios. Por grande y acuitado que sean el cielo y el asiento de una ciudad no pasan de ornatos cuya exhortación es desoída por el ánimo, ineficaz. Los intrusos formaban hordas de la más pésima calaña, de la estofa más vil. Eran refugos de razas que se atropellaban en su codicia sin freno. Catervas desbocadas por una ilusión de fortuna, que traían consigo, acrecentados, todos los defectos de su sociedad, y no sus virtudes. Eran seres mezquinos de miras, atenaceados por una gula insatisfecha, sensuales. Seres procelosos, sin, continencia, que gustaban del estrépito, de la música, de la danza, de la jarana. La ciudad percibió

los primeros contingentes con una sonrisa chacotona. Festejó sus murgas, sus orfeones. Se mofó amablemente de sus usos, de sus jergas, de su parsimonia económica, de su constancia.

Luego, la ciudad acosada por runflas siempre crecientes de extranjeros, comenzó a rehuirlos. Intimidada, se retrajo y se abroqueló en los fueros de las familias ya arraigadas. En un momento de confusión, intentó levantar blasones nuevos. Se hizo petulancia de abolengo y de antecesores patricios. Todos los porteños querían descender de San Martín... Pero esa táctica era deficiente: el caudal inmigratorio arrollaba todos los diques de contención. Además, se corría el albur de frangir la unidad de la urbe con núcleos extranjeros insolubles: los genoveses en la Boca, los turcos en la calle Reconquista. Cronistas notables dibujaron en sus páginas las perplejidades de ese momento: Fray Mocho, Félix Lima...

Acodillada entre el bienestar de sus habitantes y el mantenimiento de su espíritu, la ciudad sacrificó a sus hombres. Cercenó la tonalidad riente con que siempre disimuló y desahogó su entraña meditativa. Vistió una tristeza hosca y se arropó en un trato áspero, contrario a su tradición hospitalaria. Atrancó sus cancelas y se insumió en sí misma, vedándose todo goce, toda dicha, toda expansión.

Enclaustró a sus mujeres, ya insuficientes para

la compañía de ciento de miles, de millones de hombres que arribaban solos, embarcados en una quimera de hartura corporal, y ahuyentó fulminándolas, a las mujeres extranjeras que se atrevieron a desafiar las rigurosas reglamentaciones que para evitar su ingreso se dictaron. Buenos Aires no quería mujeres: las repudiaba, aunque el equilibrio estaba ya seriamente comprometido y en un millón y pico de habitantes había ciento veinte mil mujeres menos que hombres. (En las agrupaciones normalmente balanceadas por el acomodo de los muchos años, las mujeres sobrepasan ampliamente el porcentaje de los varones).

Ya en el atolladero, la ciudad hizo más aún. Desacordó las naturales trabazones de los sexos. Los alejó a unos de otros; cizañó sus relaciones, aboliendo los requerimientos más premiosos de sus hijos. Hombres y mujeres se zanjaron en una rivalidad que ni el matrimonio salvaba. Por la presión del ambiente enrarecido, la mujer veía en el hombre al timador de su honestidad. El hombre en la mujer, la enemiga de su lozanía instintiva. Los hombres quedaron desamparados. La ciudad se encerró en una mojigatería solemne, casi atrabilia. El beso era un delito policial. Los mocosos se mofaban de las parejas que se deslizaban por las calles al anochecer. Se le gritaba: "Perro larga ese hueso". Con mano dura se extirpó el amor de la ciudad. Hasta los burdeles se cegaron o se repri-

mieron. Las mujeres desaparecieron de las calles. Los polizontes perseguían a las que se arriesgaban a deshora por ellas y exorcizaban los rincones en que unas pocas mercenarias abastecían caricias. La vida doméstica se acordó a este ritmo de ascetismo. Todo contacto de sexos, todo candor fue proscripto si comprendía alguna familiaridad. Las distracciones, los recreos fueron desbaratados, sino prohibidos abiertamente. No se bailaba ni se cantaba. El baile llegó a ser sinónimo de licencia y disolución. Las familias que abrieron sus salones, ocasionalmente, se vieron conminadas a clausurarlos, acobardadas por las tropelías de la muchachada, de los "patoteros". El "patotero" era un hombre que no sabía divertirse. Se embriagaba y hacía barbaridades. El baile fue oficialmente penado. Se votaron impuestos inhibitorios para los restaurantes que permitieran bailar a sus parroquianos.

La ciudad enmudeció. Las expresiones de felicidad fueron desestimadas. No había teatros ni cinematógrafos. El tintineo de una carcajada sonaba a provocación, en un local público. La ciudad había intimado a todos sus habitantes su voluntad subconciente de recogerse y meditar. Nadie salía del perímetro de la ciudad. Se cerraron los accesos al campo. Se cortaron la vista y el uso del río, parapeteado detrás de los sauzales de Palermo y de los depósitos de la aduana. Sólo los chicos, rabineros veían el agua.

Sin embargo la ciudad no se quejaba. Parecía plácida, bienaventurada en su beatería, y estaba retorciendo sus vísceras, masacrando su población, amasándola sin distinción, en un mismo bolo alimenticio. Nadie pensaba en la felicidad individual. Los habitantes se disgregaban en la preocupación colectiva. La ciudad llamada versátil desenvolvía su voluntad implacable, y en treinta años pasmosos y crueles enderezó el derrotero porque le había desviado la pujanza de la horda inmigratoria. Veamos qué trastornos, qué cambios provocó en el hombre el terrible estertor de la ciudad.

LAS VIDAS QUE SE ESCURREN

Anacoreta sin escapatoria, el hombre se hundió en el trabajo como en una oración. El europeo, agobiado por la soledad, se volvió reservado, meditabundo. Hostigado por la inhumana temperancia, se encerró en sí mismo, sin más relación externa que la de algunos camaradas tan flagelados como él. Pero el europeo gozaba una salvación: seguía ahincado en la creencia de que la riqueza le devolvería una bonanza terrenal que ignoraba cómo había perdido. El trabajo y las alternativas pecuniarias aligeraron la gravitación de la forzosa misantropía. El europeo cambió sus perspectivas vitales, pero no agotó su esperanza en la fortuna.

Mano a mano con el porteño sin tacha en su sangre, el hijo del europeo nacido aquí soportó con entereza la inclemencia con que la ciudad trituró a sus habitantes, y también aquí la continuidad de la sangre se quebró. Escarnece el hijo los agujones que fueron médula de la actividad paterna: su adineramiento sin tasa, su afán de progreso tangible... y tampoco el hijo del europeo urbano es hi-

jo de su progenitor, es hijo de la ciudad. Hay otro abismo entre los dos. Las penurias de la tragedia sexual ensamblaron en uno solo los espíritus del porteño de larga estirpe y del hijo del recién venido.

Sin contratiempos, sin distracciones, el hombre fue el único espectáculo del Hombre de Corrientes y Esmeralda. Aprendió a mirarse vivir. Formó un ciclo completo dentro de sí. Aprendió a sigilar sus amarguras, a sofrenar sus alegrías, y a atemperar sus ardimientos. En el arrobo de su propia contemplación, el hombre dejó de ver sus anécdotas: vio su espíritu, y no su traducción. Como el hombre de la pampa, él no tenía un paisaje delante de sí. Estaba solo junto a los años. Vio, anticipadamente, su decrepitud en su guapeza, y el tiempo fue su inseparable padrino aguafiestas. “¡Che, la perra! ¡Ya hacen diez años de aquel paseo al Tigre! ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que fue ayer!” El Hombre de Corrientes y Esmeralda tiene un futuro en el destino de su tierra, un pasado que se renueva en él, pero nunca ha tenido presente. Fue la suya una vida invisible, como la tierra a que pertenece, una vida que se va cuesta abajo resbalando despacito, lene, sin sacudones, una vida que se le escurre entre los días y los años, una vida enaceitada que se aja sin constancias, sin tragedias, entre días monótonos, grises, que se disuelven atónitos los unos en los otros. El tiempo

no era, y no es, para él, una noción astronómica ni una vociferación de calendario: era y es la angustia de estar desperdiciando sus más nobles prendas, de estar malgastando el único capital que no se reconquista ni se adquiere. No tuvo a su lado una caricia que lo distrajera, y la obsesión de lo que se va pronto hizo añicos sus fuentes de acción. Un no dicho “¿para qué?” le impidió desenvolverse. Se quedó inmóvil, hundido en apatía inerte, esperando.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda es un niño que no ha madurado, que pasó de la infancia a la vejez. Le falta reposo, serenidad interior. A veces tiene empaque, pero no gravedad; malhumor pero no severidad. Es casi un irresponsable ante la prudencia europea. La vida resbaló sobre él. El no la vio pasar. Estaba encerrado en sí mismo, como en una cueva. Mide el tiempo con sus emociones, y cuando se contrasta con los sucesos exteriores se sorprende del número de años transcurridos.

Ninguno de los otros hombres podía convidarle algo de lo que él imprecisamente esperaba. Se habituó a no pedir nada para no conceder nada. En la porfía con sus urgencias, la sobriedad fue el resultado de la moderación de sus apetitos. Con yerba para el mate y un bife se puede pasar el día en el más deleitoso de los embebecimientos: la desprevenida charla entre amigos. Y como las tareas de la urbe no estipulaban premios que conmovieran

las imágenes de sus tentaciones íntimas, cayó en negligencia apenas tajada por alguna que otra incursión a los reales adversarios del sexo débil.

Ahora, ya está cabal en el fatalismo de los mismos cuatro adjetivos que esquician los más abultados vértices del hombre de la pampa: es ocioso, taciturno, sufrido y altanero. Buenos Aires es nuevamente la capital del campo. Pero de este eslabón dramático el hombre salió herido de un incurable erotismo imaginativo en que el deseo subyuga toda posesión, erotismo imaginativo que con callado aguante lleva a cuestras y que se devana en sentimientos y en ideas dispersas de una originalidad tan revocadora de artificios y elástica de aquílataamientos que de ella quizá fluya toda una nueva concepción de la vida, que yo no trataré de decir, ni de esquematizar, porque es designio irrisorio el de inmovilizar lo que todavía es fermento, cosa tornátil, amorfa: anhelos informes y a veces contradictorios de vida y no resacas biografías de espíritus ya fenecidos.

De todas estas especulaciones —en que yo soy, no centro, sino acotador entusiasmado— el Hombre de Corrientes y Esmeralda se desentiende, y quizá las adopte en chacota. El solamente sabe, y solamente quiere saber, que está aferrado a esta tierra y al espíritu de esta tierra por sobre todas las cosas.

Y ahora ya en la poscomunión de este oficio que

nos reveló el misterio de una soledad sexual, escondámonos, lector para espiar los juicios, las preferencias y las inclinaciones del hombre. Si él nos descubre nos fraguará un ardid: él no quiere que su intimidad se viole ni aun a precio de gloria. El quiere permanecer solo, con su deseo ya tan confederado a otros que la ciudad entera se testimica en él.

LA EDAD DE LOS AÑOS

Evalúo la edad del Hombre de Corrientes

y Esmeralda en más de veinticinco años y menos de cincuenta. Una prolijidad mayor en la cuenta menoscabaría su virtualidad, pero esas edades tienen adolescencias en años que son hitos de la época en que la ciudad se alteró en la violencia infligida a sí misma desde comienzos de siglo. Dentro de esa extensión temporal, una concomitancia es siempre factible entre los porteños. Allí hay un dialecto de encariñamientos y odios comunes, y el autor puede entenderse con ellos. Por fuera de esos límites, el espíritu de la tierra tiene ecos que confunden al observador. Hay tanta variedad porteña en el tiempo como en la actualidad. Los menores de veinticinco años están menos solos. Hay a quien se le ocurre que tienen más compañía que la equitativa, pero esa debe ser difamación. Lo cierto es que ellos llegaron cuando la ciudad se desentumecía en costumbres nuevas, e iba derogando su ascetismo. La ciudad reconquistó el río, trazó avenidas en sus veriles, habilitó balnearios en las playas. Las orillas se poblaron de ba-

ñistas sin remilgos. Una camaradería sin cortapisas se traba entre los sexos. Las familias volvieron a propiciar los paseos. Las instituciones deportivas permitieron el acceso de mujeres, hasta entonces interdicto. El automóvil fue incitación de los excursionistas. Las autoridades abrieron caminos, pavimentaron algunas salidas al campo y se adscribieron a su mantenimiento. El delta se pobló de restaurantes. Los cinematógrafos se multiplicaron por arte de birlibirloque. En un santiamén, se abrieron cerca de mil salas para exhibir películas. Se levantó la proscripción del baile — que, como cristiano en catacumba, pasó escondido en algún cabaret o en el vestíbulo de algún club. Ahora se baila en todos lados. Ya ningún polizonte espía los menesteres en que se distraen las parejas que en el fondo de un auto se hunden en el Bosque de Palermo. La ciudad se desencastilla a ojos vistas, abre los apocados postigos de su encastillamiento. La ciudad se desemponzoña. Ya ha disipado el cerco, ya desvanecido el peligro de un adulteramiento de su espíritu, rescata su jovialidad, la tranquila ociosidad en que la muerte se mata con una sonrisa, con una amistad o con un cariño.

Más una dañosa tentación acecha a esta juventud, un riesgo la sitia: es la de norteamericанизarse. El espíritu de la tierra no lo permitiría. El tiene un destino y ha de cumplirlo. ¡Quién sabe

qué terribles decisiones enarbolaría para salvarse, para conservar intacta su latitud, si modalidades exóticas amenazaran nuevamente contaminarlo! ¡La ciudad no permitirá que el lucro y sus declinaciones sean la columna vertebral de su dinamismo!

Tampoco los modos de los mayores de cincuenta años están totalmente implicados en el Hombre de Corrientes y Esmeralda. Su años pueriles, esos años en que el alma del hombre es receptiva como cera, gatearon un poco antes de la consunción del siglo pasado. Vivieron sus años imberbes en el seno de una sociedad aun suelta. Alcanzaron a paladear la afabilidad de las últimas tertulias que caracterizaron a Buenos Aires antiguo, y el estrechamiento familiar que en ellas respiraron les inmunizó en adelante. Además tuvieron ideales, escorzos de ideales que aparecían al alcance de la mano. Creyeron en la ciencia, a pie juntillas. Los biólogos, los fisiólogos, los químicos, los astrónomos y los mecánicos fueron los sacerdotes laicos de su religión. Columbraron una felicidad barata en el incremento numérico de la población, en la multiplicación de las vías férreas, en la popularización de la cultura, en el acrecentamiento de los ganados y de los sembradíos. En pocos años trastornaron la dinámica del país. Se aliaron al capital extranjero, y juntos fundaron pueblos, tendieron ferrocarriles, construyeron puertos, dragaron ca-

nales y diques, importaron máquinas, repartieron la tierra y la colonizaron. En esas procuraciones se atarearon, y desatendieron el espíritu del país. Ellos creían que el bienestar espiritual brotaría automáticamente cuando la república tuviera cuarenta millones de habitantes y hubiera en su territorio cien mil kilómetros de vías férreas e incomputable número de fábricas y manufacturas. En su obstinación mecánica y geométrica se olvidaron del hombre. Fueron los más europeos de los criollos. Algunos hay así todavía, y conspicuos. Ellos tampoco comprenderán del todo esa parte del drama del Hombre de Corrientes y Esmeralda, cuyo ideal más tenaz ha sido tenerlo; porque los ideales que al espíritu de su tierra acuerda no registran más aceleración que la de dejarse vivir.

EL MÍSTICO SIN DIOS

De la simple auscultación, no es posible concluir si el Hombre de Corrientes y Esmeralda es soltero o casado. Su estado civil puede inducirle a disidir en alguna clasificación, acobardar o envalentonar algún pronunciamiento insignificante, y, con el hacinamiento o disminución de obligaciones, aumentar o reducir el fin utilitario de sus actividades, pero no disloca ni maleficia las más acendradas irradiaciones de su espíritu, aquellas irradiaciones en que el espíritu de la tierra se localiza.

Mucho antes que Freud injertara en doctrina sus incestuosas credulidades, el señor de Buffon, más discreto, conjeturó que la figura que por primera vez impresiona al instinto, en la plástica edad en que despunta, es el molde de todas las figuras femeninas que en adelante avivan la apetencia sexual. Esta suposición, casi cortés, de un deseo que se estabiliza y es, de una vez por todas, la matriz de los deseos futuros, es aparejo que facilita entendimiento, cuando no es excluyente.

La primera impresión que percutió el instinto

del Hombre de Corrientes y Esmeralda, no provino de las percepciones que cosechaban sus sentidos: no fue un tacto que se exarcerbó, no fue una erectilidad de sus ojos hechizados; no fue una enajenación de los oídos enternecidos por la fragancia de una promesa, no fue tampoco, el reconocimiento de dos destinos que hallaban en el apareamiento de sus cuerpos la expresión de una voluntad más alta: fue un egoísta estremecimiento de su fantasía atenaceada por un incipiente apetito cerril; fue una delirante, aunque borrosa fábula, una imagen brutalmente desarraigada de la vida, y no una criatura real, con sus inherencias, sus virtudes, sus pecados. Fue una creación y no una conquista, la primera conquista del adolescente porteño.

En un ejercicio de imaginación comenzó a pubescer. Dejó de ser inocente antes de no serlo. Lujurió sus pensamientos sin macular su castidad, sin curtirla en los preparativos con que toda acción acaece. Los pensamientos lúbricos ahuyentaron aún más a las muchachas que pudieron ser sus amigas e impidieron los descargos de camaradería sexual, a los que hasta esa época pacata hubiera accedido. Se educó entre varones. Las mujeres eran forasteras en sus discordias, en sus holocaustos, en sus refocilos, y casi rivales en su espontaneidad. Las mujeres querían una cosa, el hombre otra. El que menudeaba su relación con

ellas era descalificado en los círculos de varones, era casi un infiel: era un “maricón” o un “caliente”. Una voluptuosidad vergonzante le señalará con un deseo insaciable y agotador.

La juventud del hombre no fue más feliz. No tuvo camaradas del otro sexo, tuvo “programas”; presas que cayeron en el lazo; mujeres sonsacadas, víctimas, frutos de su destreza, de su “muñeca”, verdaderos actos de pillaje, demostraciones de arrojo o astucia. “Che, no se quería dejar besar y la atropellé detrás del zaguán” O bien: “Che, qué programa me saqué hoy en el tranvía”. Pero ni esas piraterías que tanto jactaba en las asambleas zafadas de varones ni sus incursiones por las mancebías calman su fogosidad pasional. El deseo se enardece en la templanza impuesta. Su ebullición arrastra la totalidad humana, la precipita en un tropel de ficciones en que sobrevive. Entonces, el Hombre, para no anular su efervescencia, que es una parte de él mismo, para librarse de esa compresión interior que le desazona, busca otras válvulas de escape, alegorías en que depositar su brioso caudal de pasiones excedentes.

Huye afectivamente de su casa, donde nadie le entiende, donde el padre y la madre sólo vigilan su estado de gordura, y se entrega a la ciudad. Gaudulea por sus calles, vagabundea por los parques, por los cafés. La ciudad respeta su aislamiento.

No le pregunta ni le recrimina nada. La ciudad acompasa sus veleidades de aventurero sedentario que mira fluir la vida de los otros, que puebla de fantasías sus aburrimientos... El Hombre mira la ciudad como un amigo. Enfoca su devoción a las cosas porteñas, a su exploración y multiplicación. La ciudad es para él un ente vivo. Su grandeza le enorgullece, sus triunfos le emocionan, sus contrastes le acuitan. La afluencia de extranjeros turistas le agrada y le incomoda, simultáneamente. Su concurrencia testimonia el prestigio creciente de la ciudad, pero le duele que la ciudad carezca de cosas bellas que susciten encantamiento. El posible defraude le inquieta. La tristeza que el turista comprueba y sufre, le entristece más que su propia tristeza.

El amor del porteño a su ciudad cela su presente y se expande hasta el futuro: es un amor de padre, y una pasión de amante. “Cha que la van a pasar bien”, dice el Hombre cuando mira la iniciación de una diagonal, de un parque, de una avenida que costea el río. Es una felicidad sin resquemor la que él goza al suponer la felicidad futura de los porteños, una felicidad apenas manchada por una ligera amargura, algo semejante a un pensamiento que dijera: “No sabrán todo lo que yo sufrí para que ellos fueran felices”. El Hombre mira el trazado de una obra apenas esbozada y dice: “Ta que va a quedar lindo”.

El no concibe este futuro como cosa extraña. Es un futuro en que el tiempo está ausente. Habla de él como de una cosa de su propiedad o una fracción de su cuerpo. Como si dijera: “Qué cómodos van a estar mis pies en estos zapatos”. Es un futuro que ya le pertenece.

Las historias afirman que los atenienses del siglo de Pericles tenían amores semejantes con su ciudad.

Luego, ya desgranada de su persona, la pasión del hombre se bifurcará, cavará nuevos lechos, se transfundirá, se vaciará en otros moldes, se franqueará en el apoyo de una agrupación deportiva o de una agremiación política. O se dedicará a regañar a los deportistas con el fanatismo con que otros los proclaman, o derivará hacia otras manías: o se dedicará a ganar dinero, a ganar pesos que no sabe en qué va a utilizar, pesos que no utilizará jamás, pesos que no son más que una entelequia, una cifra que crece en la cuenta bancaria inscripta bajo su nombre.

El porteño quiere ídolos, de cualquier ralea, que polaricen su sensibilidad, ídolos ante quienes deponerse totalmente, fervorosamente. Será “hincha” de un team de fútbol, cuyos jugadores no conoce en persona y de cuyo elenco de socios puede no formar parte. Discutirá por él. Se tronpeará por él. O seguirá en su carrera, apoyándolo con su aplauso, a un boxeador cuya amistad

no es suya y en cuyos negocios de nombrarla no es copartícipe. Su devoción aprobará únicamente el conjunto que es su emblema y no las personas que la integran. No recuerda y no quiere recordar que el team de fútbol por cuya defensa es capaz de valer imprudencias se compone de once pazguatos. Habla de ellos como si fueran sectores de una insignia, campos de un escudo, trozos de un estandarte y no individuos semejantes a él. No menosprecia las personas, le son indiferentes. Así se explica la atonía con que la ciudad acoge a los hombres que la emocionaron con sus proezas deportivas en países extranjeros. Llegan, se les festeja un saludito de bienvenida, se barbullea su hazaña un día y se les sume en un olvido absoluto. Al mes de cometer su hazaña, Lindberg, en Buenos Aires hubiera sido un desconocido, un aviador osado y pobrete.

Es que el Hombre de Corrientes y Esmeralda se emociona, más que por los hechos, por la emoción que enrasa a todos los porteños, en que todos los porteños se coaligan en la fusión de un sentimiento común que soslaya todo descreimiento intelectual. Al Hombre de Corrientes y Esmeralda no le interesan las personas que cumplen los hechos, sino en el momento en que esas personas son imanes de emociones porteñas. El Hombre de Corrientes y Esmeralda no es secuaz de personas. Es esa una subalternidad que no se aviene

con su efusión díscola. Ya resolveremos el problema aparentemente contradictorio del caudillismo de nuestra política y mostraremos cómo el caudillo es también un ídolo impersonal: es otro símbolo de la misma pasión.

Durante el último campeonato de box, en las Olimpiadas de Amsterdam, en 1928, en momentos que el telégrafo anunciaba que los boxeadores de peso máximo, seleccionados a puñetazos entre los hombres más fornidos de todos los pueblos, iban a dirimir en el asalto final el título de campeón mundial de aficionados, el Hombre de Corrientes y Esmeralda, caminaba, musitando: “No vas a perder Mono. No vas a perder Mono. No vas a perder...” Un mes después el Mono Rodríguez Jurado, campeón mundial de box de todos los pesos, era un ser anónimo en las calles de Buenos Aires. Ya no era un símbolo de la fraternidad emotiva, que es la única carta de ciudadanía porteña que confiere el Hombre de Corrientes y Esmeralda.

El deporte logra así fisonomía de amor insubstancial —único a que asiente— en que el amor a la ciudad o a la ingratitud de los hechos, suple una desolación de amor. Es un sentimiento sin recompensa, renunciante. A un hombre con facha de obrero, cuyo solo júbilo eran las palpitaciones dominicales en que intervenía su club predilecto, yo le he oído esta frase de increíble abs-

tención: “Caramba. Me parece que yo soy yetta. Cada vez que veo un partido de River Plate, River pierde. No vengo más”. Era esa la explosión de un sentimiento verdaderamente religioso, tan fidedigno que hasta la propia personalidad doblegaba. De esta calidad altruista es la adhesión deportiva del Hombre de Corrientes y Esmeralda. Hay en ella una emanación estética, vital, ética y étnica cuyo conjunto encuentra paridad en un fervor religioso sin dogmas, en un misticismo sin más divinidades que las surtidas por los hechos y sin más ritos que el subrayado de sus entusiasmos.

Cuando sus faenas terminan, al caer de la tarde o a la noche, estos hombres apasionados que no tienen pasiones se reúnen en pequeñas tertulias, con uno o dos amigos. El Hombre de Corrientes y Esmeralda es un misántropo que odia la soledad personal. No puede estar solo. La soledad personal le contraría y atrista. Las tertulias se instalan en el interior de una casa o en un café. El estado de ánimo no se modifica. El café reboza. En torno a cada mesa hay un grupito de hombres solos. Los hombres de una mesa evitan mirar a los vecinos... Las mujeres están excluidas de esa grey. Son hombres que hablan poco y en voz baja, como si bisbisearan un rezongo. Es muy raro que discutan o promulguen ideas o sentimientos. Su conversación es casi siempre una con-

versación desquiciada, con más pausas que palabras, una conversación que no quiere predominar. “Hoy el jefe me dijo que las planillas ya no estaban como ayer. El jefe está medio loco”. Alguno se acopla sin entusiasmo: “Tu jefe, si sigue así, no va a durar mucho”. Suena un tango, la densidad del silencio se intensifica. Cesan los rumores y los ruidos. Todos callan. El café es un templo en atrición. Los hombres encorvan ligeramente sus testas y distraen sus ojos en el borde de la taza en que desprenden la ceniza de los cigarrillos. Meditan. Están ensimismados. Hurgan sus días irreconciliablemente distanciados de la realidad. Divagan. En su fantasía moldean sus vidas como una miga de pan. La desunen, la reconstruyen, la llenan de perspectivas. Son artistas sin otras materias plásticas que sus propias existencias. Sueñan. Es una decepción más que se infiltra en sus ánimos. Cuando el tango termina, los ojos cansados tienen rastros de un desgano que conoció la ventura. Alguien comenta. “Este pasquín, tiene pocas noticias de futbol”. Y siguen esperando otro tango.

Esta de místico o religioso es calificación que el Hombre de Corrientes y Esmeralda rechazará airado. La rechazará porque todo misticismo, en su ineducación, huele a clericalías, para él abominables y quizá, también, aunque él no lo sepa inteligentemente, porque todo misticismo acarrea

en su lógica conceptual una negación de la vida, y el Hombre de Corrientes y Esmeralda no la niega, al contrario, la exalta en sus localizaciones más preclaras y hasta lamenta su ineptitud para exaltarla más, esa ineptitud con que le taró su pernicioso formación sentimental.

En un hombre así amachado es imposible deducir su estado civil por la simple palpación humana. De todos modos, la mujer es elemento de voluptuosidad, sino de lujuria, y hay una zona del hombre que es impermeable a ella, exceptuando, naturalmente, los casos extraordinarios. Hay recintos del hombre porteño que son privativos de sí mismo, grandes oquedades cuya inviolabilidad protege con agresivo descaro. Son recintos en que una mujer no penetra, y en que muchas veces ni los amigos se arriesgan, y cuya existencia se vislumbra sólo en horas de estrecha congoja compartida, o en instantes en que el abrazo de un tango lo indemniza...

La ternura aterra al Hombre de Corrientes y Esmeralda. Quizá ve en ella un desistimiento repudiable de la virilidad. Si él estuviera convencido de que la ternura es necesidad de hombres fuertes, cejaría en las actitudes en que busca ser de ánimo despiadado. En su juicio, el hombre que es benévolo sin malicia está próximo a ser un "gil". Prefiere ser un canalla o parecerlo: pero si las circunstancias le ratifican una absoluta

impunidad se abandonan a una benigna participación en los destinos ajenos. Pero es difícil ratificar esa impunidad a su desconfianza. Por eso, la ternura es mala brecha para llegar a él. Las mujeres que lo intentan, generalmente fracasan.

Lo indudable es que el Hombre de Corrientes y Esmeralda, aunque millonario en reservas sexuales y apeteedor de ellas, es caballero de amistad y no de amor. El amor es entrega, cesión de destinos, y el Hombre de Corrientes y Esmeralda, demasiado leal con su propia vida, no la confía enteramente a nadie. El convite del hombre porteño no es, pues, de amor, y sin intervención del amor, el estado civil es una formalidad; a lo más, una transacción de compatibilidades sexuales, legales o ilegales, sin más ulterioridad para la soledad de su espíritu que la del comercio entre dos personas. El hombre se casa por desgano; “porque es hora de dejarse de andar haciendo disparates”; porque las mujeres de sus amigos le han hurtado sus amigos; porque sus sentidos le arman una asechanza y le hacen creer que está enamorado de un talle, de unas piernas, o de unos ojos; porque le atrae el utopismo de un retiro en que podrá tirarse a divagar, y a charlar con sus camaradas reconquistados; porque así elimina todas las vicisitudes del problema sexual y “estará tranquilo”; porque, negligentemente, se abandona a las confabulaciones que las mujeres

traman contra el “hongo soltero”, y “total hay que casarse alguna vez y ella es bastante bonita y de buen carácter”.

Soltero o casado, el Hombre de Corrientes y Esmeralda es un hombre que está desnudo y solo en el interior de su escéptico baluarte verbal, que está solo entre dos millones de hombres y mujeres que están solos.

EL PRIMER JUICIO MORTAL

Cada europeo es una boca por donde se enuncian los preceptos, no una conciencia que opta en el momento en que se decide. Por eso los hombres se canjean sin que las instituciones sufran. Entre un gobierno conservador y un gobierno socialista no hay más diferencia que un medio por ciento en la renta de algunos títulos.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda es un ser que ha incorporado a su economía el sentimiento de la muerte. No de una muerte emblemática y abstrusa, sino de una muerte que está en *él*, que le *envejece*. Este sentimiento invalida los veredictos terminantes a que la inteligencia es propicia. Una conciencia que se sabe percedera, no puede ser concusa. Solamente puede considerarse infalible el que ha olvidado que se muere. Fecer, no ser eterno, es falta más grande que errar. El europeo juzga como si fuera eterno. El porteño no puede. En cada juicio en que el porteño usa una legalidad europea, su criterio va con un reparo inexpresado que se oculta en los recovecos de su conciencia. Ese reparo, que es admonición ape-

nas perceptible, un lastre sentimental, que es válido para los otros y para él mismo, alisa todas las alternativas de la vida. Nada es demasiado fausto ni demasiado aciago. Un europeo logra un ascenso en su carrera y la enhorabuena da deleite a su habitualidad humana. Un porteño logra un ascenso y se alegra, porque sus peculios le permitirán favores de comodidad, pero en el fondo, en lo más intrincado de su ánimo, una mortificación nubla su alegría. El ascenso es un nuevo peldaño que ha repechado en esa escalera sin retorno. El ascenso es una satisfacción y una advertencia: “Has conseguido lo que ansiabas tener cuando eras joven. Te estás poniendo viejo”. El sentimiento desmedrador es también puntal de flaquezas. “No hay mal que dure cien años”. “Ya pasará. Todo se acaba”. Hay un paraje del alma del Hombre de Corrientes y Esmeralda que permanece impávido ante el halago o la hostilidad material, como si pensara: “¡Si esto al menos te librara del hoyo...!”

En ninguna parte, sin embargo, se habla menos de la muerte que en Buenos Aires. Es casi un vocablo inexistente. Se le teme como si fuera pestífero.

Este sentimiento malversador de ilusiones se une siempre a un escrupuloso sentido de la relatividad humana. Todos los hombres son parientes ante esa grande e ineludible amenaza. Lo mismo para

él que para los otros, los juicios se amansan y humanizan en la vecindad de ese gran pavor. Por eso el porteño es indulgente al sentenciar acciones. Hay algo de Juicio Final en el juicio del Hombre de Corrientes y Esmeralda. No abruma a nadie con calificaciones irrecusables, como si los principios que sustentan su juicio fueran provisorios, denunciables ante principios más generales y humanos. Bajo la acrimonia de moldes que reproducen los asesoramientos del juicio europeo, vibra, simultáneamente, en el porteño, un incansable: “Vaya a saber cómo fue”, es decir una condena abundosa en atenuantes. En política la condescendencia alcanza puntos descabellados. “Pero, che, ¿cómo vas a votarlo a fulano? ¡Es un atorrante y dicen que es coimero!” “Bah, se dicen tantas cosas”. La evasiva no repulsa la acusación. Es una excusa sintética: “Es muy difícil, quiere decir, que un hombre en su situación no se deje vencer por las tentaciones. Los que ahora son honrados por falta de ocasión quizá hicieran lo mismo que acusan, o algo más reprochable”.

El juicio porteño es pronunciamiento de conciencia que al juzgar no olvida que es efímera y por lo tanto falible. Es sufragio que, en su impotencia, se entrega a la erratilidad de la afección. Un juicio ingenuamente humano que desecha de su discernimiento toda consecuencia posterior. Este contrapeso porteño gravita solamente en la fami-

liaridad de conciencia del Hombre de Corrientes y Esmeralda. Lo que él predica habitualmente es lo europeo. El sentimiento porteño no aflora más que en una mueca, en una pausa, en una irresolución. A veces se atreve a erigirse en opinión, y se explaya con una defensiva burlona, como si no fuera una verdad, sino una paradoja de humorismo. Es más fácil recitar los lugares comunes de la moral europea, aplicar los artículos de la codificación romana, admitir lo contratado en sociedades vetustas, que atreverse a dar libre curso a un sentimiento casi incoherente. Así los dos criterios: el orgulloso, providente y bien codificado criterio europeo y el tenue, apocado e inseguro de sí criterio porteño, corren sin mezclarse, como un sistema sanguíneo, venoso y arterial, del organismo argentino.

Hace unos meses, almorzaba con el gerente de una entidad bancaria. En la sobremesa y como aserto sin importancia, me dijo, sonriente: “El que en caso de apuro no clava a un banco, es un ota-rio”. Esa era la sinceridad porteña de mi comensal. Días más tarde me habló de un cliente de esa institución de quien le solicité antecedentes. Me dijo: “Es un sinvergüenza. Lo clavó al banco”. Esa era su conclusión profesional, de filiación europea. Los que trampean a los bancos son sinvergüenzas sin investigar porqué los trampearon, sin

incomodarse en la graduación de las pendientes de humanidad por que rodaron.

Quizá estas discrepancias que nacen y terminan en un mismo individuo sean semilla de una cultura, que, entre los escombros del pasado, puja por ser presente. Quizá esos chisporroteos no produzcan hoguera tan grande. Es lo mismo. La generalización es fatuidad europea en que nadie está obligado a complicarse.

DELEGACIÓN DE UN DESTINO

La naturaleza deprime al hombre que está notoriamente ubicado en la sucesión de la historia natural. Hay en la naturaleza una predestinación inexcrutable que destempla el sino individual del hombre, un determinismo exterior que agosta en germen las más viriles energías. El hombre se termina sin que nada cambie en ella. Para no extraviarse en la nebulosa de los poderes sobrenaturales, la humanidad busca asideros, aparta los ojos de lo muy vasto, se constriñe a los detalles, se cierra en sí misma. Pero el hombre porteño está retenido junto al desencadenamiento del tiempo por el sentimiento de su imputabilidad en los destinos del espíritu de su tierra, al que su destino está afectiva e inmodificablemente trenzado. Para eximirse de esa responsabilidad, de la que es autor y agente, el hombre se amputa una fracción de sí mismo, y cede a la colectividad algunos de los derechos y de los deberes que así mismo se confiere.

Así nace en el hombre porteño, por fulguración de su individualismo cósmico, un sentimiento

colectivista. El estado es una delegación del hombre porteño, en que el Hombre de Corrientes y Esmeralda se salva de ideas de temporalidad. Nacido, pues, del convencimiento de su fugacidad, el estado brota de abajo, de la muchedumbre, y es casi una redención. No es el estado argentino una tiranía de principios abstractos, es una construcción humana, fundada en la índole metafísica del país, una creación del pueblo solidario, realizada a pesar de los engreimientos dañinos, de las infidelidades de fines, de las sórdidas ambiciones de los que debieron ser directores de la organización. Por eso, los europeos, aun los más clarividentes miradores, no enterados de estas vetas ocultas, “se sorprenden del grado de madurez a que ha llegado aquí la idea del estado” que barruntaban “aún vago, de aristas poco acusadas y apenas diferenciado del gran protoplasma social”, es decir, que barruntaban simple calco, sin alma.

Para que la excepción de responsabilidad sea completa, y el hombre porteño pueda reposar en ella, el estado debe parecer automático. El estado mismo debe evacuar sus necesidades, encontrar su personal representativo, adaptarse a las incidencias del azar, precaver las insidias de sus enemigos externos e internos, ser casi omnipotente en las jurisdicciones de tiempo y de espacio, en que se plasman los hechos de la historia y de la disciplina social. Por eso, en el parecer porteño,

todo porteño debe cumplir la función que el estado le encomienda y nada más que ella. Desobedecerlo es disminuir su autoridad. Extralimitarse, arrogarse misiones impropias del cargo, es también lastimar la idea del estado, exponerlo a la buena voluntad de los individuos. En ambos casos, el sentimiento de la responsabilidad se aviva en el porteño, y el hombre cae de nuevo en la historia, en la comparación con otros estados, en sus diferimientos, en el estudio de sus puntos débiles, y queda insertado en la sucesión del tiempo de donde justamente quería zafar.

El que desacata al estado o lo tutela es, por lo tanto, enemigo de la tranquilidad porteña, y el Hombre de Corrientes y Esmeralda lo castiga con todo rigor de indulgencia. El ladrón que huye, por ejemplo, debe ser apresado por el vigilante. Los particulares que se entrometen, por plausible que sea su intención en sí, son censurables. El vigilante es el personero del estado en esa actividad y el único, por lo tanto, a quien compite causarla, aunque no sea el más idóneo personalmente. Nadie se burlará del vigilante que sufre un fiasco en la persecución del delincuente, que se rezaga o se cansa. Todos se reirán del meterete que quiso cooperar, se reirán con esa temible socarronería que el porteño utiliza solamente en casos graves. “Diga, don, ¿y no se cansó corriendo tanto?” “Había sido rápido. Yo creía que era Zabala que an-

daba desbocado”. El vigilante a quien el cansancio extenua es benemérito. El meterete es un “papanatas”.

La prudencia porteña tiene una frase para prevenir a los que lesionan con su atolondramiento las incumbencias del estado. “No te metas”, dice el porteño. Esta es frase que despertó la atención del conde de Keyserling. El “No te metas” es, verdaderamente, una pauta de la idiosincracia porteña, pero no es un consejo dirigido a rectificar resoluciones personales. Nadie dice “No te metas” a quien va a presentar la renuncia de su cargo, a quien se declara dispuesto a pelear con sus parientes, a quien se decide a convenir un negocio. “No te metas” es una prevención trascendente, no doméstica. Quiere recordar: “No te metas en un asunto que no es tuyo y es privilegio del estado. Avisa a los representantes de la autoridad”. “No te metas, que si te va bien no te lo agradecerán y si te va mal se reirán de vos”. “No te metas a apagar ese principio de incendio”. “No te metas a delatar ese contrabando”. “No te metas a cuidar la vida de los bañistas que se adentran en el río”. “No te metas en las cosas que el estado debe cuidar”. “No te metas en las pertenencias en que señorea la nación; en el resguardo de las personas y los bienes, en el mantenimiento del orden y de la moral”. Quien transgrede esas prerrogativas estadales es pasible de pena. El ri-

dículo es la que generalmente endosa la clemencia del Hombre de Corrientes y Esmeralda.

Por otra parte, mientras el centralismo del estado no hiere sus derechos, lo que no es fácil pues él los prohija meticulosamente, el individualismo del Hombre de Corrientes y Esmeralda gana con esta delegación. Al emanciparse de la administración de todo destino ajeno al suyo personal, hasta del destino del espíritu de su tierra que es uno de sus pocos amores, quizá el más absorbente, pero que está emponzoñado por la idea del tiempo, queda más libre en una soledad más lícita: solo con sus divagaciones. Así espera la coordinación que algún día sobrevendrá de sus instituciones escritas y de sus sentimientos. El no hace nada, porque está convencido de que su movilidad sería nociva para los demás porteños y estéril para la nación, en quien delegó sus atribuciones. Y es tan completa la delegación, que el porteño se permite hablar mal del estado. Si él lo perjudica con sus habladurías, el estado tiene medios para hacerlo callar. Pero él no protege al estado con su silencio.

EL PILOTO DEL CAOS

El Hombre de Corrientes y Esmeralda es hombre de improvisaciones y no de planes, es un hombre fiado en la certeza del instinto, en sus intuiciones, en sus presentimientos. En una palabra: es el hombre del “pálpito”. El Hombre de Corrientes y Esmeralda no reflexiona. Ignora ese escalonamiento de la cordura que es la deliberación. No premedita: actúa o se abstiene, pero no calcula. Sus escasos razonamientos sirven sus afeciones, o son probanzas de actos ya inmodificables. Es crítico y abogado benévolo de sus actos. Lo que no osa lo alega. Es duro para rectificarse y ducho para ergotizar sus antipatías o sus elecciones puramente emotivas. El que “le gana el lado de las casas” lo pierde. Es un sentimental que no quiere serlo y razona su sentimiento. Las voliciones porteñas no son de condición inteligente. El porteño no piensa, siente. Siento, luego existo, es un aforismo más apropiado que el cartesiano. Todos los dilemas, aun los anticipados con larga prelación, encuentran desprevenido al Hombre de Co-

rrientes y Esmeralda, como si hubieran llegado de sopetón.

Este carácter se conforma a la naturaleza misma del país, pampa llana sin mojones para la inteligencia, y a la vida de la ciudad que avanza de azar en azar, a los tumbos entre eventos que la más fina profecía no atrapa en su red. Lógico es que así ocurra. La naturaleza material del país está en proyecto y los problemas son infinitos y de una complejidad tan poliforme que ninguna inteligencia capta en conjunto. Nadie puede vaticinar lo contingible. Los especuladores más logrados y versados se arruinan en la compra-venta de tierras y gañanes sin más mérito que la tenencia de las propiedades, que adquirieron por nada, se enriquecen. En Buenos Aires son impresumibles las rutas del porvenir. Se estudia medicina y se termina en comisionista de bolsa. Se cursan carreras de jurisprudencia y se concluye en asuntos de agronomía en algún conchavo de la defensa agrícola. Practica el comercio de importación de manufacturas extranjeras y acaba en comprador de ganado en un frigorífico. Nace hijo de estanciero millonario y se ve conminado a merodear ventas de automóviles a plazos. En el caos inextricable de la vida porteña, la inteligencia es incapaz de soluciones. Solamente el arrojo del instinto induce probabilidades y propicia rutas. El Hombre de Corrientes y Esmeralda confía ciegamente en sus

“pálpitos” de ultima hora. El palpito es la brújula que no enloquece en la marejada porteña, en su frenético vaivén de cuerpo afuera.

Por otra parte, la educación, la de suavidades más imperiosas, las que alecciona en el hogar y en el tejemaneje de camaradas, estimuló incansablemente esa propensión. Acertó con la única fuente de conocimientos que el hombre puede llamar indudablemente suyos: la intuición. Los únicos que andan con el hombre de un lado a otro. Enriqueció sus instintos, aguzó su sensibilidad. Fomentó la memoria de sus emociones y no la de los conceptos. “Como no te vas a acordar si te pegaste un susto bárbaro?” Nadie se hubiera asombrado del olvido de una fecha, de una definición aritmética. Percepción vivísima e ineptitud expresiva es el resultado inmediato de esta didáctica.

El porteño es hombre de morosidades, y no está arrepentido de ello. La improvisación es el atropello de sus desperdicios de tiempo; pero normalmente es remolón y poco tentado de exhibiciones. Esa morosidad embota las facultades intelectuales. Por otra parte, el porteño no es hombre de entendimientos fatigosos: ni los desea ni los busca. El porteño admira la inteligencia que media desprevenida en un hecho inesperado: la sutileza, la sagacidad, la astucia, “la ranada”, la industria, la elección acertada, la elocución persuasiva y las quisiera para sí. “Es rana”, es alabanza mancha-

da por ligera envidia. Pero el porteño desdeña la inteligencia que vanagloria de sí misma, la inteligencia que no se aboca a los planteamientos de la vida común, esa inteligencia conceptual que se nutre de libros, de teorías, y no de sensaciones. El porteño no lee, no es hombre de preparativos, sino de intuiciones súbitas. “Palpita”, juiciosamente, que en ningún libro hallará asistencia para sus incertidumbres.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda no desafiaba, ni aspira a desafiar, al europeo en el abroquelamiento de su cultura. Intuye que frente a un europeo, nuestros hombres más cultos, él se descuenta, son vulgares aprendices, intuye que lo primero que se aprende de un oficio son sus ignorancias y no sus sabidurías: sus facturas convencionales, sus mitos de gremio, sus trampas, sus falsías, sus petulancias. Y un fondo de desprecio es el honorario que entrega a los intelectuales que al modo europeo improvisan habladurías contra la improvisación. Y esa es una de las causas que en inavenible divorcio separa lo intelectual de lo porteño. “Para componer este ensayo o esta novela o esta historia se consultaron diez mil volúmenes”. Esta es vanidad de intelectual. La respuesta porteña a mano es: “Y a mí qué me importa si al final de cuentas erró. Y si acertó, ¿qué importancia tienen los diez mil volúmenes?” O bien le dicen: “Yo soy mejor que Ud. y debo gober-

narlo, porque conozco todas las dinastías germánicas y el nombre de todos los Faraones egipcios”. Y el porteño sonrío o se encalabrina, pero no confuta. Palpita que sería engorro ineficaz.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda no quiere ser engatusado por sofistiquerías. “Zapatero a tus zapatos” es un aforismo europeo que propugna la división del trabajo. Pero aquí no hay zapateros, individuos cuyo equipo técnico disminuya el valor humano del que lo esgrime. Aquí no hay más que experiencias personales, improvisaciones, porque todo es nuevo, hasta los hombres. Cuando los profesores de filosofía, los matemáticos, los financistas y los redactores de diarios están entre ellos, sin el disfraz de su presunción, piruetean con los mismos chistes chabacanos, reniegan por los mismos inconvenientes y se enemistan por las mismas fruslerías de un carrero, un jugador de fútbol o un barrendero. El Hombre de Corrientes y Esmeralda no ignora que el más maduro trabajo sobre la relatividad publicado en el país, que dio base a una carrera meteórica, fue conferencia que se escribió al trote sin que el autor dominara el punto central de la teoría eisteniana. El Hombre de Corrientes y Esmeralda no quiere competir con el europeo en información ni en testimonios escritos que no sean los de su propia vigencia, y nada más que ellos.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda no es

ambicioso ni le torturan emulaciones de lucimiento. Cuando algún trepador empuja, él abre cancha y deja el paso expedito. No tiene, pues, necesidad de estrujar su espontaneidad. El Hombre de Corrientes y Esmeralda está resignado a ser un elemento vil de los cimientos, uno de los cascotes que se gangrenan bajo el suelo. No le instigan apuros de labrase complicadas periferias de artesonados o cornisas terminales. Su misión es más tosca, y él presta enorgullecido sus lomos para consolidar la patética edificación del espíritu de la tierra. “Palpita”, acertadamente, que en su humildad está su mejor grandeza.

El Hombre de Corrientes y Esmeralda es un hombre de manejo resbaladizo. No declara sus disconformidades ni expone sus reproches. No puntualiza nunca, insinúa. El instinto no es dialéctico. Para descifrarlo, es preciso ser idéntico a él mismo. El adivinamiento de su voluntad, siempre soberana, es la desesperación de los políticos, de los mandatarios, de los directores de periódicos y de todos los que en alguna forma dependen de él. Los hombres solamente inteligentes fracasan en la función pública. El Hombre de Corrientes y Esmeralda, ante todo, exige que los hombres públicos tengan, no conocimientos, nociones librescas, sino instintos poderosos, penetración lista, es decir, que sean hombres de palpito. Por eso tampoco le interesan los pro-

gramas, las plataformas, los palabreríos de los partidos políticos. Frente a la compleja realidad argentina, los programas son imposturas en relación a los hombres y a la derechura de su conducta, a la delicadeza de su tacto, a sus verbalmente intraducibles asimilaciones y percepciones, a su “pálpito”. El “pálpito” es el único piloto fehaciente en el caos de la vida porteña y el único cuya posesión premia el hombre porteño.

LA APOSTASÍA INTELECTUAL

Lo esencial de la vida porteña, su hábito ingénito y peculiar, es una incorporeidad recubierta y tejida en órdenes europeos. No es extraño, pues, que los hombres más seriamente clasificados en la vida social no sean exponentes de la invisible pulsación porteña. Al Hombre de Corrientes y Esmeralda es raro encontrarlo en las altas esferas. Lo porteño no impetra comandancia sobre los demás hombres. Lo porteño fluctúa en sí mismo y va a la deriva de lo aleatorio, oculto en su propio relieve, como una ola entre olas, como una nube entre nubes y su fisonomía más típica puede ser uno cualquiera del montón, un estudiante, un mozo de café, un empleadito... El que entra en componendas de ambición y calcula o premedita sus conveniencias renuncia en ese momento al depósito del realengo espíritu porteño. Escindido del pueblo de donde salió, el ambicioso se encastilla en su propia ambición. Se descarría de los ímpetus que, hasta entonces, enquiciaron sus gestos, y destila en sus gabinetes, no la tos-

ca verdad de todos los días, sino la alquitarada materia que extrae de sus libros europeos.

Con dolorosa frecuencia, apenas interrumpida por escasos ensayos, el intelectual olvida que literatura que no es un desgarramiento que se anecdotiza, constancia de una aventura del espíritu nutrido de verdad, es vana nube de palabras. En los escritores nuevos hay ya una unción en que lo porteño está presente, la voz de un salmo que se preludia quedamente, un tono de imprecación todavía acobardado, pero ya indudable. Se despojan de relumbrones, y afinan sus desacuerdos en sus poemas. El Hombre de Corrientes y Esmeralda no los conoce todavía. Esos poetas le soslayan equivocadamente. Yo he comprobado que los mejores admiradores de los poetas nuevos son empleados anónimos, estudiantes, no otros intelectuales. Pero en general, el intelectual no escolta el espíritu de su tierra, no lo ayuda a fijar su propia visión del mundo, a pesquisar los términos en que podría traducirse, no lo sostiene en la retasa de valoraciones que ha emprendido. Por eso el Hombre de Corrientes y Esmeralda se reconoce más en las letras de tango, en sus jirones de pensamiento, en su hurañía, en la poquedad de su empirismo, que en los fatuos ensayos o novelas o poemas que interfolian la antepenúltima novedad francesa, inglesa o rusa. Así como siente más legítima dramaturgia en las tartajeadas escenas de los sainetea

que en las empretinadas comedias que transcriben conflictos dramáticos millares de veces magistralmente solucionados en Europa.

Si el intelectual no es escritor, su infidelidad no es de menor calibre. Un título universitario cualquiera basta para que un hombre inteligente caiga en la pedantería de evaluar en más su título que sus aptitudes exclusivamente humanas. Deja de ver al hombre en los otros y en sí mismo. En no más de cien libros técnicos pagan su menosprecio al iletrado, que quizá es sabio en lecturas y en doctorados de vida.

Empingorotado en su vanidad, el intelectual se empobrece, se desnubre, se malea. En su notable ensayo sobre la vida argentina, Ortega y Gasset los cató sin perífrasis. “Mientras nosotros, dice, nos abandonamos y nos dejamos ir con entera sinceridad a lo que el tema del diálogo exija, nuestro interlocutor adopta una actitud que, traducida en palabras, significaría aproximadamente esto: Aquí lo importante no es eso, sino que se haga bien cargo de que yo soy nada menos que el redactor jefe del importante periódico X; o bien: Fíjese que yo soy profesor de la Facultad Z”.

Es que en la conciencia del intelectual argentino hay una incriminación que le desasosiega. Son hombres inseguros de sí, porque han extirpado todos los sentimientos que en ellos podían ali-

mentar una creencia. Han sido infieles a los miramientos y emociones nucleares de su infancia, de su adolescencia y de su juventud y quieren sentirse a sí mismos, constantemente, paladear en todo momento el premio de su apostasía. Son los únicos porteños que viven en presente.

De los hombres que le rodeaban, todos supuestos intelectuales, Ortega y Gasset sacó en limpio una mala impresión. No pudo respirar esa atmósfera de la ciudad que tan fuertemente exhalan las clases populosas, el soplo de la muchedumbre en que se licúa el Hombre de Corrientes y Esmeralda. Pero Ortega y Gasset es dueño de una percepción muy fina y entrevió ese fervor del espíritu porteño, traicionado por el empaque de los que le circundaban como cínifes, y escribió estas palabras que el Hombre de Corrientes y Esmeralda le agradece emocionado: “Yo no conozco, lo repito, ningún otro pueblo actual donde los resortes radicales y decisivos sean más poderosos. Contando con parejo ímpetu elemental, con esa decisión de vivir en grande, se puede hacer de una raza lo que se quiera. Por eso, buen aficionado a pueblos, aunque transeúnte, me he estremecido al pasar junto a una posibilidad de alta historia y óptima humanidad de tantos quilates como la Argentina”.

El que no inspira ese aire poderoso, es nefasto

al espíritu porteño. Estas no son horas de perfeccionar cosmogonías ajenas, sino de crear las propias. Horas de grandes yerros y de grandes aciertos, en que hay que jugarse por entero a cada momento. Son horas de biblias y no de orfebrerías.

LA DEFECCIÓN POLÍTICA

Dos fuerzas convergentes en su punto de aplicación, pero divergentes en la dirección de sus provechos, apuntalan la prosperidad del país. Una es la tierra y lo que a ella está anexo y es su índice; otra, el capital extranjero que implantó mejoras y la fertilizó.

Antes del advenimiento europeo, la pampa, de tan cacareada feracidad actual, era una sábana yerma, de flora miserable y fauna enteca; flora de arbustos rastreros, cardos, espadañas y totoras; fauna más de alimañas que de bichos o animales; un venado arisco, dos ñanduces, y mil tucutucos y cuises. El abono extranjero proliferó su suelo. Lo pobló de hombres y de animales. Sembró trigos y pueblos. La fileteó con vías férreas y la dotó de un sistema de nervaduras telegráficas que unificaron sus horizontes. Desagotó las regiones anegadizas. Construyó puertos, elevadores de granos, depósitos de cereales y cueros, frigoríficos y saladeros. Inició la manufactura de la materia prima y organizó el comercio de exportación. El capital extranjero la engrandeció, la fortificó, le dio

un cuerpo, pero no pudo torcer la voluntad de su espíritu. El espíritu de la tierra se mantuvo ileso. Gracias a él, no fue ésta una factoría extranjera, un emporio cerealista formidable, pero sin alma, sin cohesión, sin destino, sin más objeto que alimentar a Europa.

Ahora, la República es una inconmensurable estancia moderna, macrocéfala, como todas las estancias, cuyo casco es Buenos Aires. Aquí, en este suntuoso caserío, apenas un cascote en la dilatación de la pampa, se lleva la contabilidad de las mermas, se surten los implementos requeridos por el laboreo agrario, se adquieren las máquinas y se mercan las cosechas y los ganados. Pero, bajo su embarullamiento cosmopolita de urbe comercial, también Buenos Aires mantuvo incólume su espíritu, fue fiel al campo, cuyo pensamiento y cuyo sentimiento sintetizaba, a través de todas las metamorfosis en que rebuscaba la realidad de sí misma, en que rebuscaba ser lo suficiente fuerte como para no atemorizarse de ser como es y como ha sido.

El capital extranjero es, pues, acreedor a nuestra bienquerencia, y el Hombre de Corrientes y Esmeralda, aunque no se dobla en pleitesía, no le niega una sobria gratitud. Pero tierra y capital siguen plantados frente a frente, y por mucho que sea fructuoso, el capital es poder de alevosías que no debe descuidarse. El sentimiento del hombre

porteño no desmaya en su ladino avistamiento; con sus “pálpitos”, rastrea incansablemente sus manejos. El Hombre de Corrientes y Esmeralda, aunque ignorante de finanzas, “palpita” que el capital es energía internacional, que no se connaturaliza. Palpita que si en el aprovechamiento del capital estuviera el sacrificio del país, sacrificaría al país sin escrúpulos. El hombre porteño ha impedido que el capital se ingiriera en el manejo de la función pública, y ha desconceptuado a los hombres que tutelaron su infiltración en el gobierno.

El hombre porteño tiene un instinto político de una sagacidad admirable. No se engaña nunca en el oculto designio de su elección. Cuando un político entra en combinaciones con el capital extranjero, acepta direcciones de compañías, representaciones de empresas, se contrata como abogado, o tramita sus asuntos, apañándolos con su influencia, el Hombre de Corrientes y Esmeralda le retira su delegación. Es muy difícil, sino imposible, embaucar al instinto del hombre porteño. El político se resarce del abandono insultando al pueblo.

El Hombre no regatea las famas que se obtienen con las representaciones populares. Aunque estima que de la función pública no deben deducirse medros ni privilegios personales, el enriquecimiento no daña al político, mientras el político no traiciona al espíritu de la tierra. La subcons-

ciencia de la multitud sabe que lo esencialmente argentino es la tierra y el hombre que se apega a ella. Por eso el Hombre de Corrientes y Esmeralda, que tolera la infidencia de todos, es implacable para juzgar la traición política.

Es tan extremada su atención, que hasta castiga, inexorable, los estados de ánimo de sus mandatarios que pueden conducir por degradaciones sucesivas a la connivencia con el capital extranjero. El hombre porteño permanece indiferente ante la elación intelectual y periodística. No se resiente, siquiera, por sus arrogancias, pero no perdona que el político se ensoberbezca. Comienza a maliciar del que habla mucho en primera persona. Odia los “yo” y los “mí”. El orgullo desmedido, en que alternativamente los hombres de gobierno incurren, extingue la idea de la responsabilidad. La soberbia es inescrupulosa: el que es poseído por ella cree debérselo todo a si mismo. Olvida que es una factura del pueblo y está muy próximo a traicionarlo. En precaución, el pueblo lo tacha de la lista de sus favoritos, sin denigrarlo personalmente. El porteño no quiere juzgar a los hombres: aprueba o desaprueba los actos, no los actores.

La mayoría de nuestros políticos se caracterizan por su torpeza a este respecto. Cuando tienen la venia popular adulan a la multitud creyendo así asegurar sus canonjías. Cuando caen víctimas

de su codicia, no hallan expediente mejor que vituperar a los mismos que adularon. Los sucesores en las esferas oficiales no escarmientan, o no comprenden, y reinciden en la falta. Los conservadores manejaron durante muchos años el país como cosa propia. En desprendida capitación, se repartieron los bienes mostrencos, y algunos otros. Catearon la opinión del pueblo, trampearon votaciones, sin que el pueblo contuviera su voracidad y su fullería. Se enriquecieron y se entremezclaron a los terratenientes antiguos y respetados. Poco ganaron. Para el porteño, el único dinero que da aristocracia es el agropecuario. Mas, luego, los conservadores ensoberbecidos, supusieron que el país les pertenecía, y entraron en confabulaciones con los capitales extranjeros. Se hicieron abogados de empresas, directores de ferrocarriles, accionistas de capital inconfesable... Y caducaron, lamentablemente.

Los radicales perduraron mientras tuvieron presente la idea de su responsabilidad. El pueblo excusaba las pequeñas incorrecciones, los ladronzuelos con ínfulas, el arribismo desaforado. Pero Irigoyen se mareó con los ochocientos mil votos de su candidatura. La altanería lo perdió. Su segunda presidencia fue una tanda inacabable de infatuamientos y emboscadas a la opinión. Soberbia era menoscabar en vano al Parlamento; soberbia, hacer gala de matonismo en las interven-

ciones; soberbia, valerse de los hombres menos enteros de su partido. En todos sus actos había un “A mí qué me importa lo que piense la plebe”. Y cayó arrasado por la avalancha de la indignación. Ahora estamos frente a una soberbia peor. ¡Quiera Dios que al pueblo no le cueste mucha sangre y desorganización desalojarla!

Las líneas anteriores fueron escritas y publicadas bajo la dictadura del general Uriburu. También él pasó lamentablemente, aunque todavía a su sombra, con lamentables esporos de ideas importados, algunos tratan, desesperadamente, de sacar utilidad personal en el desquicio provocado.

Algún día los gobernantes, escaldados, aprenderán a respetar las terminantes —aunque no dichas— convicciones del espíritu de la tierra. (Nota de la cuarta edición).

Estas consideraciones, que son simples esbozos de los sentimientos fundamentales del Hombre porteño, y no ideas del autor, no buscan dejar consignada una antipatía popular al capital extranjero, al contrario, repito, aunque el porteño no se agacha en pleitesía, no le escatima una sobria gratitud. Trabajos igualmente decorosos y valorados en el ánimo del Hombre de Corrientes y Esmeralda son los aplicados al servicio de la tierra o del capital extranjero. En su criterio sentimental, no es más laudable el laboreo de las tierras que la conducción de locomotoras. No es

desdoroso en ningún caso obedecer al capital extranjero, si el que lo hace no contrata nada más que su propio esfuerzo, su propia inteligencia, su propia dedicación. Tampoco se malquiere a los hombres extranjeros que defienden a los capitales puestos al amparo de su expediente. A un inglés o norteamericano o francés, o alemán, directores de compañías bancarias, presidentes o gerentes de frigoríficos, de usinas eléctricas, de ferrocarriles, se les brindan las opciones más hospitalarias del país, y son bien recibidos por el pueblo. Sus artimañas en pro de un mayor rendimiento financiero, no despiertan antipatías ni aversiones en el Hombre de Corrientes y Esmeralda, él más bien se burla cordialmente de ellos. “Estos yonis son una luz para los pesos”.

El Hombre reprueba la infidelidad de los representantes de sus conveniencias y de su espíritu, que debían alegar por él, y lo traicionan: son “acomodados”. Lo que el Hombre no permite es que los extranjeros le birlen las riendas del gobierno. Esa es la infidelidad cuya reconvención estamos leyendo en el Hombre de Corrientes y Esmeralda, centinela que está solo, en avanzadas, cautelando su espíritu y el espíritu de la tierra, de quien es una anécdota más, un rostro, un gesto, una voz, una advocación que busca concretarse. El Hombre de Corrientes y Esmeralda busca, no la riqueza, sino la conjunción de la tierra y el hombre en que el espíritu de esta tierra amanece.

EL PATRÓN DE SÍ MISMO

Ya en las revisiones precedentes que aspiran a desbrozar de prejuicios la etopeya del hombre porteño, prenotamos someramente cómo la especie de la tierra se consubstanció con el hombre y le transfirió su espíritu, interpolando, visiblemente, su finitud humana en las inecuales magnitudes de tiempo y de espacio que a la inmensidad de esa tierra convienen.

Achatado por la inmediatez de las presencias cósmicas, el hombre desacreditó su esfuerzo individual y malogró en conformidad todos los veredictos de la inteligencia doblegada por el convencimiento de que la voluntad está sometida a potencias inexorables y todopoderosas. Fue concisivo e indulgente en demasía. Su curiosidad se acercaba a las faltas ajenas más atenta a explorar las furtivas trazas del destino, que las culpas del que cometió el yerro. Rodaba, así, rápidamente, a un fatalismo relajador en que la vida es un acertijo y no un albedrío que se desenvuelve.

Ese determinismo volatilizaba sus energías, lo hundía en una inacción desdichada. Para su pro-

pio estímulo, para encarrilar su esfuerzo, para emular su vida de relación, al Hombre de Corrientes y Esmeralda le era imprescindible delimitar su alcance, rodearse de un horizonte artificial, acortar su panorama, olvidar su brevedad, crearse fines accesibles, en una palabra, necesitaba referencias de su vida. Pero el Hombre estaba vacío. Carecía de ataderos en qué anclar su reconstrucción. Los axiomas simplistas que abarrotaron su enseñanza se descuajaban al primer empujón de la realidad. Su experiencia iba talando, apresuradamente, todas las mentiras convencionales de la cultura europea. Le habían dicho que el trabajo es una virtud en sí misma, y que todas las virtudes se encarecen, y él veía la virtud escarneada. Le dieron un mundo ya estrictamente clasificado en artículos de códigos penales y en gracias teologales, y las experiencias del Hombre no corroboran esas enseñanzas. Ve al camandulero recolectar sumisos amaneramientos, y al virtuoso rejoneado y corrido por la miseria. Ve al descarado de gran envidia merodear impune, y afrentarse el más pequeño desliz del hombre honrado. Ve que se agasaja el triunfo, la consecución, y no la labor honesta, la contracción, el esfuerzo en sí, la humildad.

El hombre advierte que su propia vida y la vida de los otros está maniatada por máximas ya sin ninguna equivalencia humana, aherrojada por

presunciones inicuas y mitos de legalistas hace muchos siglos extintos, y sofocada por teorizaciones estipuladas para despachos que ya solamente los juristas recuerdan. Advierte que el juez no mide la maldad de un delincuente en relación a la de un hombre común: lo castiga encuadrándolo en una teoría de la que ningún hombre podría salvarse si se aplicara idénticamente. Advierte que la sociedad aprecia las virtudes sólo en cuanto engarzan en conceptos apolillados que ya no invocan virtudes de esta época. Advierte que hay más muerte que vida en la vida de relación, y que el orden social ha pospuesto al hombre, lo ha sacrificado, no a una necesidad actual, sino a un principio, a una vaciedad. Y, entonces, ese sistema, ya vacilante, de embustes, que da un paisaje a las conciencias europeas, se derrumba en la conciencia del hombre porteño.

Exteriormente el hombre no cambia. Ante los hechos consumados sigue articulando las lecciones foráneas. Su descubrimiento es meramente sentimental. El Hombre de Corrientes y Esmeralda no es gustoso de rebatimientos ni de polémicas. Tampoco podría discutir. La franqueza de un sentimiento es inerme ante las argucias del entendimiento. El Hombre, pues, reclama los juicios en que todos coinciden. De labios afuera, dice: “Este es un pillo. Este es benévolo. Este es caritativo. Este es un canalla”. Pero sus condenas

no son más que efugios verbales, reticencias de un sentimiento intimidado por su disparidad con los preceptos reconocidos con ufanías de verdad.

Desechado el acicate de aspiración, de ascenso, en una jerarquía opuesta a su sentir, el Hombre de Corrientes y Esmeralda volvió a quedar solo frente al gran pasmo de la naturaleza. Fueron tránsitos de disconformidad consigo mismo que todos los porteños purgaron en algunos años de su vida. El Hombre estaba desmantelado. Todo le parecía incierto. En la reconquista de su armonía está solo, terriblemente solo. Su equidad le inhibe aceptar para otros, categorías medidas con operaciones que desestima para él. La única pauta no socavada por su dubitación es la de su propia existencia. Una vez más, se mira vivir, se siente vivir. “Yo existo, se decía el Hombre, y no soy bueno ni malo, aunque preveo en mí la posibilidad de ser o de haber sido cualquiera de esos extremos. Aquel cometió un delito. Quizá en las mismas circunstancias yo no lo hubiera cometido. Yo, pues, soy un poco mejor que él”. O al revés. No tiene a mano a nadie más que a sí mismo para medir a los otros y se adopta como su propia vara de medir. Es su propio patrón, su piedra de toque. Confinado en sí mismo ha elaborado una nueva tabla de valores.

El hombre porteño es el código íntimo con que el hombre porteño juzga a sus semejantes. Es un

juez que está blindado en el sentimiento, que no se expide sino en esguinces fugaces, en reparos marginales, en entibiamientos del juicio verbal, y que no tiene más jurisdicción que las preferencias y el lenguaje del hombre que lo lleva en sí. Pero es un juez actuante e incorruptible, con el que hasta los políticos comienzan a solventar. Uno de ellos me decía. “Ahora que la Ley Sáenz Peña ampara con el secreto la emisión del voto, no se ganan elecciones repartiendo puestos. A un ciudadano lo emplea Ud. en la administración nacional y le vota en contra, si no está de acuerdo con su actuación, aunque así ponga en peligro la estabilidad del cargo que se le procuró”.

Este juez que no prevarica, no se reserva para las grandes ocasiones. Lucha constantemente, en todas las minucias de la vida cotidiana. A una persona le dicen: “Che, he sabido que tu amigo Enrique está acusado de haberse caloteado unos pesos en la casa en que era cajero”. “No me digas. ¿Y cómo fue?” “¿Cómo fue?” he ahí la inquisición porteña por excelencia. “¿Cómo fue?” es decir, qué pasiones intervinieron, qué causas produjeron esa declinación moral y le empujaron a la comisión del delito. Postula todos los datos que puedan facilitarle la confrontación del delincuente con él mismo. Del “¿cómo fue?” quiere inferir el “cómo hubiera actuado él”, quiere substituir al protagonista para estudiar en sí mismo la

calidad humana de su acción. Por eso, no le interesan las noticias escuetas, aunque sean policiales, y se extasía y comenta las crónicas detalladas en que la humanidad del asunto se trasluce fielmente. Como las únicas crónicas extensas son las policiales, los directores de diarios han creído que el porteño es gustoso de truculencias.

Pero esto no lo entienden los directores, y a cada momento se equivocan. Por ejemplo, si quieren desacreditar al que cometió un crimen social o al que dirigió un motín fracasado, les dedican crónicas detalladas, escarneciéndolos. Como son largas, el porteño lee esas notas y siente la humanidad del ejecutor y con cierta simpatía piensa: “Vaya a saber cómo fue”. Y es persona que critica el hecho en sí.

Cuando el porteño se entera de una proeza deportiva que concita su admiración, exclama: “Che, ¡qué loco! ¿Viste lo que hizo?” Antes de admirar se colocó en la situación del héroe y comprobó cuánto arrojo, cuánta osadía era precisa para cumplirla. Vio que el héroe tenía alguna capacidad más, o más desarrollada que las suyas, y dice: “Yo no sé como se atrevió a tirarse del décimo piso. ¡Y qué julepe! El paracaídas se abrió recién en el tercero”. El detallismo cerciora que en su imaginación él no se atrevió a ejecutar la proeza, y loa en el héroe las propiedades en que le sobrepasó, y no el éxito.

En este juego traslaticio, única aventura en que el porteño, de sí sedentario, huelga, su innata perspicacia se agudiza aún más, se tonifica. Nunca lo azoran los hechos fortuitos en que intervienen personas de quien ha formado una impresión propia. Le dicen, de repente: “Che, Antonio se peleó con Félix y le enjaretó una cuchillada en la mano”. El Hombre suspira una pequeña exclamación, tan breve y poco enfática que es casi un saludito cortés a la noticia. Balbucea un: “Caracho...” o “¿Qué me decís?”, pero no se desconcierta ni se consterna. Se diría que la desgracia imprevista estaba prevista en su imaginación. Sólo pregunta: “¿Y cómo fue?” es decir “¿Cómo esa posibilidad se volvió real?”

El juicio porteño es egocéntrico y quiere estar presente en todos lados, certificarse por sí mismo. Es un colador, un vivisector incansable. Usted, lector, por ejemplo, que ya debe ser mi amigo, puesto que llegó hasta aquí, me ha seguido paso a paso. Conceptuaba en usted mis enunciaciones y en usted tasaba la verdad o el error de lo que leía. Decía: “Está bien. Tiene razón”, cuando en su recuerdo aparecía un sentimiento gemelo; u oponía una objeción, un “Puede ser” si su memoria no archivaba un sentimiento o una idea semejante. No se percataba, y no quería percatarse, de que no se lo describía a usted, que se describía un arquetipo porteño, un porteño sintomático, al

que usted podía desemejarse. Durante todo el trayecto fue y será el lector, el experimentador y el juez simultáneamente de mi veracidad. Usted sólo rastreaba la humanidad de estas páginas. ¡Ojalá hayamos acertado entre los dos!

El hombre porteño no se rinde a ningún embaucamiento o compostura en que no coadyuvó personalmente o por mediación de un amigo porteño. No le deslumbra ni toma en cuenta, el éxito, la aureola, la gloria. Él mira al hombre, no aquello que lo viste y alhaja. Cuando llega a Buenos Aires un viajero resonante, el porteño se aproxima a él, no a ilustrarse sino a carear los elementos vitales que pone en juego, a compararlo, involuntariamente, consigo mismo. De un sabio, de un artista, nadie pregunta “¿Qué sabe? ¿Qué enseña?”, sino: “¿Qué tal es?” Si le halla dotes superiores a las suyas, vivacidad, perspicacia, serenidad, coraje, presencia de ánimo, lo elogia sin restricción: “Che, el gallego es macanudo”. Un extranjero acaba de cruzar el mar en un solo saque, en un volido de aeroplano, por ejemplo. Ha cumplido una hazaña numerosa. Es un héroe. Al porteño eso no le interesa. Lo observa, apareándolo con él, y dictamina: “Che, el franchute es un papanata”. La hazaña es una cosa exterior al hombre. Para juzgarlo, él necesita escarbarlo, desnudarlo de predicamentos. Llegar un paleontólogo, un pedagogo, un filósofo,

cualquier individuo destacado de esos géneros morigerados, y el porteño lo invita a comer. Si consigue burlar la medida del visitante, si consigue, por ejemplo, embriagarlo, es decir, superarlo en resistencia física, en fisiología, “sobrarlo”, se ríe de buena gana. Y cuenta: “Che, el sabio se mamó en la comida de anoche. ¡Y vieras qué macanas decía! Nos hemos muerto de risa con los muchachos”. No es este un afecto de malignidad, sino de interés por el contenido personal de las reputaciones.

El conde Keyserling disfrutó de gran admiración porque hablaba más que nadie, se movía más que nadie, gesticulaba más que nadie, bebía más que nadie, se reía más que nadie... y además era una inteligencia universalmente apreciada que se escabullía airosamente de todas las celadas. ¿Se acuerda Ud. conde? Se acuerda de cuando usted decía: “No sé qué me pasa en Buenos Aires. Estoy dislocado. No escribo, y ni siquiera mis apuntes tomo”.

Así, en este refrescamiento de los quilates humanos, el hombre porteño levantó una perspectiva a su desánimo. Aprendió a mirar en torno de él y encontró en los hombres mismos, en sus inmanencias y no en sus jerarquías postizas, un motivo de emulación, un aguijón para su apatía, una rivalidad razonable. El hombre es el horizonte a que el Hombre se aferra para no ver el otro.

EL DESTRUCTOR DE ESPEJISMOS

En su afán de verificar los conceptos y definiciones por sí mismo y en sí mismo, el hombre porteño no repara en vallas ni precave malentendidos. Va decididamente a su objeto, cualesquiera sean los desbarajustes que ocasione. La vocación de sus sentimientos es irreflexiva. Pocas elaboraciones humanas resisten la acometida de esa inusitada corrosión. Las bambalinas de la estulticia se derrumban, los espejismos se evaporan. Pocos símbolos salen airosos de la refriega. La mayoría se deforman y ahuecan, como naranjas exprimidas: pulpa reseca y sin jugo. Así, mide en él mismo, el coraje, la fama, el éxito. Una a una va desflecando las banderas conductoras, los grandes signos de la cultura europea. Las deshilacha, y las arroja desdeñoso cuando no les halla vivencia activa.

La Tradición, el Progreso, la Humanidad, la Familia, la Honra ya son pamplinas, que en el sentimiento del hombre porteño no sirven ni para gallardetes de club náuticos. “Tradición” no tiene; de la familia se mofa en las chácharas de café,

sin desdecirse de los afectos que profesa; “Pucha, en casa no se puede vivir. Si el viejo quiere una cosa, la vieja quiere otra. Y la gansa de mi hermana no me deja en paz”. “Mi primo quiere que le dé participación en este asunto; pero a mí no me va a engrupir”. El progreso es una miscelánea que no comprende sino se asocia estrechamente a una alegría venidera, suya, de sus amigos, o de sus sucesores. Los beneficios o disfavores del progreso los califica en sí mismo. Los adelantos de la mecánica no lo conmueven, ni la elocuencia de las cifras. “Che, nuestro comercio exterior ha aumentado en quinientos millones” “Ajá ¿Y con eso qué ganamos?” De la “Humanidad” se ríe. El nuncio de la humanidad es él, y nada que amenace su bienestar puede, por lo tanto, servir a la humanidad. Ni de honras ni de triunfos es pedigüeño. De todos los éxitos que la humanidad protocoliza, sólo aceptaría alguna muchachita linda y “que no lo moleste mucho”.

En los comienzos de la guerra europea, los intelectuales hicieron un batifondo de mil demonios instigando a las autoridades a la ruptura de relaciones con Alemania y sus aliados. Ellos, tan circunspectos de común, se reunían en las plazas públicas y en trémolos vehementes enarbolaban los más grandes pabellones retóricos. Se desgañitaban hablando de la libertad, de la salvación de la cultura, de nuestra sangre latina, del crimen de la

neutralidad y de la falacia de serlo, de los deberes y derechos mutuos de las naciones... El hombre porteño se apiñaba en su entorno. El hombre porteño siempre ha sido paladeador de espectáculos gratuitos. Escuchaba sus arengas, leía sus proclamas, pero continuaba impertérrito. “¿Para qué nos vamos a meter en esta conflagración? Si pelean, ha de ser porque tienen un interés. Yo no pelearía por un francés. ¿Cómo voy a suponer que un francés pelea por mí?” Los intelectuales insistían en desgañifarse. Lograron el auspicio de toda la prensa sin excepción. El Parlamento se puso de pie para votar la ruptura de relaciones. Hasta los socialistas aprobaron el disparate. Irigoyen, que era entonces presidente, desoyó el falso clamor y vetó o encarpetó la aprobación legislativa. Con su oído finísimo de viejo caudillo había “palpitado” la oposición del pueblo porteño, y, en gran parte por eso, el pueblo porteño, a pesar de las turbiedades de su administración lo premió con la segunda presidencia.

El hombre porteño empuña una de sus palabras vernáculas para embromar a los sugestionados por el espejismo de las grandes dicciones: “Engrupido”. “Engrupido” es el tipo que todavía cree en la Humanidad, en el Éxito, que todavía cree en el premio del trabajo y hace méritos cinchando en la oficina durante horas extraordinarias. “Engrupido” es el conscripto demasiado empeñoso en

el cumplimiento de órdenes superiores, que toma en serio eso de “servir a la patria”. El porteño presta el servicio militar con buena voluntad, porque si bien la seguridad externa del estado ha sido delegada en los militares, no puede delegar su servicio personal. Y obedece las órdenes, porque la disciplina es inseparable del ejército y no porque esté “Engrupido por la patria”. “Engrupido” es todo aquel que sufre un embeleso. El que se cree buen mozo y apuesto y es un escuerzo. “Engrupido”, el que más cuenta sus adquisiciones, el dinero, la fama, que sus capacidades simplemente humanas, su coraje, su belleza, su entendimiento. “Engrupido” es por eso el intelectual ufano, no de lo que es, sino de sus libros, de sus artículos, de lo que ha hecho o ha recibido, elogios, alabanzas. “Engrupido” es el que cree en la ligazón de los vínculos familiares y obra con su familia por razones extrañas a su cariño. “Está peleado con todos los de su casa, pero los ayuda porque lo tienen engrupido”.

Las grandes divisas ya no impelen al Hombre de Corrientes y Esmeralda, no vulneran su predisposición incuriosa. Pero no se entrevea en esta precipitada convergencia de episodios la cerrazón de un egoísmo. El hombre porteño no es egoísta, pero no admite más alicientes que los exclusivamente humanos. No quiere atestarse con frases, ni ser omitido en ellas. Palabras de premio son

asiduas de su plática: “gaucho”, “macanudo”, “derecho”. Tipo gaucho es el hombre servicial. Macanudo, en cierta acepción, es el generoso de expansión, el conversador, el dicharachero, el hombre vivo y dado. Derecho es el hombre sin doblez, cuya ayuda puede descontarse como indudable. Todas estas palabras propinan méritos a los desprendimientos que van de hombre a hombre. Siempre es el hombre y nada más que el hombre el que está en el sentimiento y en la discriminación del hombre porteño. Todos los símbolos refulgentes, genéricos, fueron inventariados y execrados, y ya no se entorpece en su arrullo, y no es aseQUIBLE por ellos. Al porteño hay que “hablarle claramente”, sin mucho rodeo, y eliminando del discurso todas las grandes palabras que él ha destruido en su sentimiento. Cuando el porteño las oye o las lee, se eriza y da en sospechar que “allí hay gato encerrado”. Y convengamos en que pocas veces erra. Los que cándidamente han cifrado su triunfo en ellas, se irritan, y, como siempre, cubren de dicterios e invectivas al hombre porteño, que los escucha sonriendo.

EL MILLONARIO INGÉNITO

Dos efectismos verbales esquivaron en apariencia el asedio buceador del sentimiento porteño. Uno es el estado, la nación. El otro, la riqueza, la plétora económica. Ya vimos como el estado es una de las creaciones originales del hombre porteño y no una adopción imitativa. En el consentimiento de la idea de estado, el porteño se libra de toda zozobra atinente a la colectividad, pone a salvo las responsabilidades que en el porvenir del espíritu de su tierra caben, y al evitarse toda tranquilidad que no finaliza en sí mismo, se libera de los descaimientos que el tiempo talla en el ánimo que se sabe efímero. Tampoco la riqueza es efectismo maltrecho en su aspecto. Centellea en todas las ceremonias en que se presenta, y por el estilo en que la emplea se creería que el hombre porteño está ofuscado por sus refulgencias. Sin embargo, la riqueza es otro término desahuciado en la ilusión sentimental del porteño. La riqueza es talismán con muy escasos residuos de sortilegio, es otro espejismo desbaratado. La riqueza no cautiva al hombre porteño. El porteño no quiere ser rico.

Tan torrentosa es la rutina; tan cegatona, la opinión para encarar la realidad, y tan comúnmente se debatió la tesis contraria, que mi aserción corre peligro de ser tachada de insincera, de disformidad, o de paradoja vocinglera. Hasta el mismo Hombre de Corrientes y Esmeralda, si leyera estos apuntes, se armaría de sospechas y pensaría: “Éste nos está cachando”. Pero no nos descompongamos, y abordemos el tema tranquilos.

La riqueza es cebo que arrebatada la imaginación y acelera el pulso más seguro de sí. Todos quieren ser ricos. Poseer fortuna es expectación en que todos los hombres se emparejan, pero en su querencia el hombre templado no desperdiga genuinos dotes de su vida. Quiere el sabio ser rico, pero por serlo no malgasta una hora de tarea. La codicia, el anhelo de riqueza, no puede aquilatarse, pues, sino por las energías que por alcanzarla se disipan. Aunque ambos anhelan fortuna, codicioso es el comerciante que se merma las horas de sueño, rabonea sus comidas, ahorra sus dispendios, y no el sabio que la desaira como lejanía quimérica. El porteño es así: se complace en la fortuna imaginada, pero en su apropiación no empeña ninguna de sus bonanzas vitales. También para él, la fortuna es una lejanía, una quimera que revolotea a su alrededor distrayendo la longitud de sus tedios, pero por cuya posesión no in-

mola ni el más pequeño de sus antojos, no ya las inclinaciones en que su vida se derrama.

El hombre porteño es dilapidador de reservas, munífico de afectos, dadivoso de bienes, si puede. Es hombre que no atesora voluntad ni peculios, hombre que vive en cada día el sueño de cada día. Es hombre que no guarda sus entradas excedentes, sino cuando apremian los compromisos, que no se desvive, ni mucho menos, por aumentar el monto de sus entradas. Es hombre sobrio de gustos, cuando la tentación de la mujer no se cruza. Es frugal de paladar y más encomia un bife a la parrilla que una abigarrada salsa francesa. Es sencillo de gustos e indiferente al ornato de sus residencias. Más quiere acurrucarse en un rinconcito con sol y aire, que artesonados y mobiliarios lujosos. Si el vino le gusta a ratos es porque robustece la amistad y le expulsa de sí mismo hacia afuera. ¿Cómo pudo ser tachado de codicioso, de ambicionar haberes de cuantía, un hombre tan mesuradamente conformado en peticiones corporales? El error tiene una explicación. El porteño presenta una modalidad que fácilmente endereza a engaño al observador, y ratifica, oyéndolo hablar, su reputación mezquina. El porteño desaprueba el trabajo desinteresado, el trabajo que no quiere o no consigue remuneración directa: lo juzga extravagancia de chiflado.

Pero esa es especificación que concierne al trabajo y no a la riqueza.

El porteño es un hombre contemplativo que no quiere serlo, que no puede serlo. La moral europea, todavía vigente en la ciudad, se lo impide. La pasividad, la inacción, la negligencia es malquista y reprendida. Como en los demás antagonismos de sus predilecciones, el hombre porteño se adhiere a los sermones que la pereza recibe. Tiene una palabra española para motejar a los que ostensiblemente no hacen nada: “pelafustán”. Al porteño no le gusta haraganear a ojos vistas. Pero el porteño aborrece el trabajo, aborrece la obligación de ocuparse de cosas extrañas, porque le escamotean tiempo para ocuparse de sí mismo. Y valora la intensidad de las tareas, no por las dispensas vitales que exigen, sino por la cantidad de tiempo inteligente que demandan. Un trabajo puede ser liviano, aunque sea físicamente fatigoso. Un trabajo cansador es el que demanda, al que lo ejecuta, prolijidad mental, concentración, atención. Tarea cansadora es la que consume horas que el porteño quisiera para sus fantasías. Un conchavo de mucha andanza, de traqueteos, de ir y volver, de entrar y salir, pero sin intimaciones de pensamiento, es “trabajo liviano” por mucho que apure. Un empleo en que el porteño debe calcular, redactar, pensar, planear, prevenir, es trabajo hartador, “es un laburo de la gran siete”.

La tarea más seductora para el porteño son los cargos de oficina: una distracción manual en que simular una ocupación real y una libertad de imaginación no coartada. Empadronar, inscribir, remitir expedientes, facturar, coleccionar o encasillar papeles, fojas, notas, son faenas que los porteños disputan aunque no gocen retribuciones elevadas. El porteño opta, salvo cuando las mujeres andan muy cerca, por un “trabajito liviano” aunque el sueldo sea un poco menor. Si entre los compañeros de oficina hay alguno con quien departir amigablemente, contar anécdotas, chistes, tramar empresas de enriquecimiento, y los jefes son tolerantes, entonces el cargo es un ideal porteño.

Un hombre así, remiso y encofrado en un quietismo contemplativo, naturalmente, desaprueba el trabajo que se complace en sí mismo; mejor dicho, ni lo supone posible sino en anormales. El que trabaja sin objeto definido, preciso, ineludible, no es persona que la sensibilidad porteña anote con agrado. Por eso, el hombre que por cualquier razón se menea por algo que no es imprescindible para su subsistencia, se escuda en un pretexto: la obligación de conseguir dinero. “Che, me han dicho que vos tenés un pariente medio loco, que se pasa el día en tu casa con cachivaches de química”. “Hace experimentos para una fábrica de jabones”. “¿Y le pagan?” “Y entonces... ¿qué te crees?” Es decir: “¿Cómo te imaginas que mi

pariente iba a ser tan trastornado de trabajar por puro gusto?”. El pariente, rentista modesto, es químico aficionado que, a su vez, encontró en el jabón un buen pretexto para impedir vejámenes a sus experiencias. No conoce ningún fabricante de jabones, ni proyecta inventar nada útil, pero arguyo en su casa: “Estoy haciendo unos ensayos de saponificación de grasas. Si me dan resultado puedo hacerme rico vendiendo el invento a un industrial”.

Otra excusa habitual son las deudas. “Che, ¡cómo andas laburando! Los muchachos están asombrados”. “Y ¡qué le voy a hacer hermano? ¡Tengo cada metejón!...” El inculpado no tiene deudas pendiente. Está por adquirir una casita que la tentó a su señora. Pero ese es regalo, que podría acarrearle reproches de ambicioso y lo disimula. Solamente la necesidad justifica, en el parecer porteño, el enyugamiento del hombre al trabajo y así todos, vistos a la ligera, parecen ansiosos de dinero.

La vida porteña está plenamente informada por este endoso de desidia. Los escritores desparra- man sus mejores libros por las mesas de café. Glo- san sus ocurrencias, oyen las oposiciones y las con- testan, pero no escriben ni una línea. Cuando se deciden a publicar, dicen: “Voy a ver si me gano unos pesos. Estoy pato”. Pero por cantidades mu- cho mayores de los paupérrimos honorarios que

les abonarán, no irían hasta la primera boca calle. Son así, al revés de los escritores europeos, muy superiores a sus realizaciones. Casi todos los individuos de la clase media tienen en su magín una idea, un proyecto, un invento, un plan de compañía, que si se realizara lo “dejaría podrido en plata”. Pero aunque algunos son viables y rendidores, los autores de los engendros “se dejan estar” y siguen vegetando en sus empleitos. Y no hacen nada, porque en el fondo la fortuna, la riqueza, el adineramiento, son fantasmagorías corroídas por el cotejo sentimental porteño.

La riqueza ya no alucina al porteño. Homologa sus promesas en sí mismo, y si la fortuna es una fuerza que se agrega a él, algo así como un brazo, una pierna o una facultad más, la acepta; pero si la riqueza debe conquistarse mediante un holocausto de procesos vitales, la desecha, y da una excusa. Es malmirado el reniego franco de la fortuna. Si a un porteño se le ofrece partir para la Patagonia, en cuyas desolaciones llevará una vida retraída de cenobita y de donde volverá veinte años más tarde con un millón de pesos, o al año con cien mil “morlacos”, el porteño, sin aturdirse ante el cabrioleo de las sumas, balancea las pérdidas de vida y las ganancias de oro del ofrecimiento. Un millón es plata, pero veinte años son casi la mitad o el tercio, por lo menos, de la vida, durante los cuales estará como impe-

dido, será un baldado de la civilización: no tendrá amigos, novias, calles que recorrer, cinematógrafos... De pronto la ciudad se embellece, la ciudad se engalana ante esa probabilidad de destierro y el porteño dice: “No, che, no, yo no estoy hecho para las fajinas del campo. Ando un poco delicado de los intestinos”. Y por dentro piensa: “Por unos pesos hipotéticos yo no dejo el asfalto”.

En grande o en pequeño, la escena es siempre igual. La madre riñe al hijo: “Movéte, muchacho. Anda, busca trabajo. Bien podrías ganar unos pesos más si no fueras tan remolón. Total tu conchavo no te lleva más que cuatro horas al día”. Si el porteño fuera hombre de ingenio verbal, podría replicar con argumentaciones que revelaran su particularísimo sentido de la vida, decir: “Pero mamá, para que voy a deshollejarme trabajando, si más de lo que tengo no podría tener por muchas riquezas que tuviera. Para mí, una siesta vale mil pesos. Si yo fuera millonario pagaría esa suma por adormilarme, por hundirme en el letargo que sigue al almuerzo. Una caminata hasta el centro, con Antonio, que es tan entretenido, no es exagerado cotizarla en dos mil pesos. Por lo menos tal suma abonaría gustoso si yo fuera millonario. Un paseo por Florida, o por el bulevar más cercano bien vale otros mil, y no menos, una charla con los muchachos, a la noche, en el café. Ya ves, en placeres, gano como cinco mil pesos diarios. Soy más

rico que Ford. Y con los pesos de Ford no se adquieren los deleites que yo me proporciono”.

El porteño no dice nada, pero lo cierto es que para equiparar vida y pesos hay que tasar en pesos la vida o en vida los pesos. Lo indudable es que si el porteño aprecia la fortuna, en más aprecia su vida. El dinero no le llama; ni otros llamados de ambición escucha. El se ríe cuando piensa que detrás del espejismo de esa palabra se lanzaron varios millones de europeos a cultivar y cosechar estas tierras, y, siempre tras él, trabajaron hasta sucumbir. A él, “no lo engrupe” la fortuna. Es su propio elucidario, y como en la tabla de valores del sentimiento porteño ningún símbolo se aproxima a las equivalencias de la simple, clara y riente fluxión humana, la riqueza es otra superstición que no lo engaña: da poco y resta mucho. Por eso el porteño no quiere ser rico. El porteño, en su nueva evaluación de la vida, es un millonario ingénito.

LA REHUMANIZACIÓN DE LA VIDA

Sin aspavientos, agazapado en la mansa llaneza de su naturalidad emotiva, el hombre porteño revalora al mundo. Aprehendiendo y mensurando el mundo en sí mismo, dilucidando sus afirmaciones en el contraste sin sospecha de sus propios sentimientos, el hombre porteño aventaja las teorizaciones arqueológicas, poda la ampulosidad de los conceptos, humilla la arrogancia de los contextos legalistas y manumite al hombre de la artificiosa hojarasca literaria que le recubría y le suplantaba en el dictamen de los hombres.

Hasta este momento, su expedición renovadora no es más que una inercia que no reacciona con los estímulos clásicos, un desabrimiento que no se engolosina con las tentaciones habituales, caprichos que no se explican con razonamientos, una fluctuación aparente y tan mendiga que hasta ignora los términos que podrían validarla. Pero son ya sentimientos, tan hondamente identificados con la textura porteña, que anarquizan las más probadas y vetustas instituciones —perfectas como engranajes y como engranajes inhumanas— y perjudican el juego del equilibrio cole-

tivo tradicional. Más puede, por ejemplo, en Buenos Aires, la amistad o la simpatía personal que la presión económica o las sesudas argumentaciones de interés general.

Resquebrajando la epidermis de los amillaramientos provisoriamente adoptados, el sentimiento precursor del hombre porteño busca alcanzar la verdad humana de los hechos. Su lenguaje es la primer fisonomía de sus sentimientos depurados. El hombre porteño practica el lenguaje con la iniciativa verbal de un niño. Crea o inhu-ma vocablos, los retoca para acomodarlos, o los refuga sin contemplación. Retasa el palabrerío huero y mitiga la oquedad resonante del idioma castellano. El porteño desconfía de las palabras que en los libros se incautan. Las que él emplea, las quiere rebosando intuiciones, sensaciones directas, imágenes vividas y no rótulos de definiciones. En los vericuetos de su desconfianza, el hombre porteño presume que todo lo que se denomina se momifica, y que no hay palabras tan grandes como para empavesar toda la vida con ellas. Presume que lo no dicho, lo que nadie podrá decir, es incomparablemente superior a lo expresado. Presume, tasándolo en sí mismo, involuntariamente, que todas las dudas de Hamlet son tonterías retóricas ante el cúmulo de perplejidades que se arremolinan, se ciernen y se desvanecen en el más mínimo instante de la vida de cualquier

patán. El hombre porteño tiene animadversión a las síntesis, porque, según él, nada es malo ni bueno mientras no se lo designa. Por eso, es hombre de pocas palabras, que calla sin otorgar, hombre que se resiste a destruir la unidad de sus sentimientos y de sus percepciones y envasarlos en esas estafalarias cajitas llenas de traiciones que son las palabras.

Las palabras son juguetes peligrosos. El porteño las manipula, las baraja, se divierte con ellas, le gusta oírlas tejidas en frases, pero él no las emplea como mediadoras de asuntos importantes, es decir, no las emplea para clasificar a sus semejantes, al hombre. Con un cuidado inconsciente y sorprendente, evita anatematizar las personas, lapidarlas con adjetivos irrevocables. Sopesa las acciones y no los ejecutores. De preferencia, dice: “Jugó bien” y no “Juega bien”. “Fue generoso” y no “Es generoso”.

Su afán de no inmovilizar lo humano, de no estructurarlo, ha creado un lenguaje de más en más esotérico e irreproducible en la escritura, en que la vida puede derivar sin estrellarse contra las palabras que la van registrando. Emplea voces más semejantes a interjecciones que a legítimas palabras. Son vocablos sin convicción, ambiguos, equívocos, cuya traza varía entre antagonismo e incompatibilidades preceptuales muy cercanas al absurdo. Cada una de esas palabras, involucra, a

lo menos, un centenar, sino más, de adjetivos castellanos. Un “Reo” es sinónimo simultáneo, en el glosario vernáculo porteño, de las más opuestas enunciaciones. Un “reo” es lo mismo malentrazado, despilfarrador, sucio, nocharniego, licencioso, irreverente, dicharachero, ingrato, disoluto, astroso, extravagante, dejado, negligente, entrometido, despreocupado... que cien cosas más. “Desgraciados” igualmente son los malafortunados, los tunantes, los enfermos, los difamadores, los achacosos, los resentidos, los viles, los distanciados, los desventurados, los que repulsan, los que apiadan, los fulleros, los informales... “Macaneador” es sujeto que puede ser mentiroso o intrigante, facundo y veraz, conversador desenvuelto, adulator, gracioso, falso, chistoso, murmurador, calumniador, verboso, versátil... “Pelotudo” es tanto el honrado, el puntilloso, el cumplidor, el probo, el continente, el fehaciente, el económico, el tacaño, el disciplinado, el circunspecto, el equitativo, el enfermizo, el pachorriento, como el opa. El opa y sus congéneres “tontos, pavos, secos” son “pelotudos de lo último”. “Loco”, sin distinción, es el corajudo, el inconsecuente, el juguetón, el loco sin vuelta de hoja, el atrevido, el maniático, el trabajador de afición, el coleccionista, el excesivamente honesto, el irresponsable... “Macanudo” es por igual el despilfarrador, el aquiescente, el enérgico, el débil de

carácter y “seguidor”, el voluntarioso, el expansivo, el pundonoroso, el austero, el emprendedor y el apático.

No más de cincuenta son estas voces porteñas que aisladas, en la soledad de un diccionario, carecen de significación. Para valer algo, para vivir, tienen que unirse a un hombre. Cualquier acepción que se les atribuya es errónea. Su significación, como el de una interjección, es un reflejo del estado de ánimo del que habla y varía con la prosodia, con su inserción en el discurso, con la intención que las acentúa, con el gesto que la acompaña, y, sobre todo, con los episodios y anécdotas ya relatados o añadidos o supuestos, referente a la persona que se califica. Siendo tan amplio y de tantos matices probables el contenido, esos vocablos son verdaderos pases magnéticos verbales en que se transfunde de un interlocutor al otro una sensación humana completa. No son, como se repite habitualmente, palabras de pereza intelectual. Para describir, aunque no es facundo, el porteño es vivaz, y su terminología colorida. Dirá de un obeso: “Que le chorrea la panza”, de uno vestido con un traje a cuadros, que “se disfrazó de ajedrez o de calle mal adoquinada”; pero en la justipreciación de las calidades ingénitas, recurre a su lenguaje vagoroso, interjeccional. Quizá el porteño piensa que adjetivar, definir, es en cierta manera juzgar, y el

hombre porteño no juzga a sus semejantes sino en última instancia.

Pregúntesele a un porteño: “¿Qué tal es Fulano?”. No por voluntad evasiva, espontáneamente, y aunque le consten todas las fechorías del sujeto inquirido, responderá: “Y... che... es macanudo... aunque creo que ha hecho muchas macanas”... Y si la ocasión le es propicia narrará con pelos y señales todas las incorrecciones y desmanes que Fulano cometió. Es que para un porteño, las faltas, los pecados, los delitos y los errores no son congénitos, no son el hombre mismo. Hay una comprensión casi fatalista de gaucho antiguo en su entendimiento. Pero hay algo más.

Un hombre que robó, no es categóricamente un ladrón ante la clemencia porteña: es un hombre que robó. El hurto es una actitud que induce a presagiar mala entraña, pero que no lo quiebra, que no lo descalifica definitivamente. El robo es infracción de convenios en que quizá no reincida, o quizá sí. De todas maneras, los delitos no son toda su vida. Es un hombre que tendrá lealdades, amor a su ciudad o a su país, a los lugares en que nació, que incubará misericordias, espantos, esperanzas; que tendrá alguien que lo aprecie y que lo quiera, amigos, novia, madre; es un hombre que quizá sueña con los mismos sueños que él... Robó, pero ¡vaya a saber que coacciones inconf-

sables o lejanas y ocultas para él mismo le espolearon al desacato de la ley! ¡Vaya a saber qué pésima educación desafinó su moral y qué sanción desprende su conciencia de su delito, y qué tabla particular de valores se ha formado! Robó, pero es un hombre. Con cuatro chirlos en el trasero quizá se corrigiera. Los principistas afirman que el castigo corporal agravia la dignidad humana y es infamante. Lo encierran en una leonera durante varios años. Le roban su vida, a él que no dañó ninguna otra vida. La sociedad lo detiene en salvaguardia, dicen. Y el hombre azorado se pregunta ¿qué sociedad es esa de la que él forma parte y tan aguerridamente ataca, sin embargo, sus sentimientos? El delincuente ofendió la propiedad, pero no otra vida. Sí; pero la propiedad es inviolable, lo único sagrado para la sociedad. El Hombre se encabrita. ¿Cómo? ¿En caso de guerra la nación dispone de la vida de los ciudadanos y no dispone de sus propiedades? ¿Qué inmunidades cubren la propiedad? ¿Quién se las concedió? ¿No es su vida, la propiedad esencial del hombre, entonces? Son volutas de pensamientos que se van desenvolviendo en exasperado zarandeo de interrogaciones. El hombre se encrespa. Hay algo exterior a él que impera en él, le inhibe, amordaza su sinceridad. Diques invisibles le detienen. Hay manos inmateriales que le atan y sofocan.

Presionados, sus sentimientos se filtran en hilos semejantes a ideas finísimas que van, de uno a otro descontentamiento, diseñando imágenes móviles, indiscernibles todavía. Es una rebeldía incongrua; es el desacuerdo de un hombre impotente para especificar la molestia que le irrita. Es una disconformidad consigo mismo que se traduce en amores y en odios revueltos, que se inervan mutuamente, es una vorágine donde todo se confunde y precipita enloquecido. El hombre mira, palpa, observa. Ve lo dicho y lo hecho, ve la flagrante contradicción y se detiene bloqueado por tenuidades inconcretables. Todos mienten y él no sabe porqué. El es un creyente que busca una creencia y hasta repudia su religión, porque miente. El ve que la iglesia no es lo que ha sido, y que su escolástica es sillería de su falsedad. Mira sus ministros mofletudos y regordetes, sus criptas enchapadas en oro, su idolatría vergonzante y ensalzada y siente que más templo que el templo es su café; pero no habla. No puede hablar: su boca está macizada por la ironía que le sigue. El calla, siempre calla, aunque no admite nada que le llegue de afuera. Está cerrado: está en él. No puede abrirse: es demasiado torrentoso. Se desborda, inunda todos los márgenes de la vida, convulsiona todas las ideas con sus sentimientos desmelenados, enloquecidos en un frenesí que se supera siempre. El hurga, rastrea, escruta. ¿Qué

es la soberbia de ese hombre que hasta hoy estuvo a su lado? ¿Qué maleficios oculta esa inmensidad vacía, esa inhumanidad implacable que él mismo apoya, ese estado rígido y enemigo de él que lo sostiene en sus lomos como una cariátide silenciosa? ¿Cómo humanizar esa hercúlea construcción, darle su pulso, su amor, su tono? Hay algo que lo vence en la tiniebla del pleno día, y le compele a inmerjirse en sí mismo, una vez más; a esconderse en el cubil desde donde espía el mundo por una rendija, a cubierto, en su recogimiento estremecido. Pero él no se apacigua. Su sentimiento es un bólido que zanja el espacio sin medida. En todo está remirando, atisbando, clasificando en sí mismo, graduando de nuevo los patrones, midiendo. Ya duda de todo: los hechos hormiguean entre las verdades bamboleantes. Ya ni en las esencias cree. Todo es ficticio. ¡Dos y dos pueden no ser cuatro! También la matemática le usurpa un lugar en la vida. Es un sentimiento más oscuro que los otros, más escurridizo y flebe. Pero ya algo en él conexiona un número a un adjetivo arrogante, a un adjetivo que lo destroza sin objeción, despiadadamente. Ya todo en él es titubeante, dudoso, controvertible. El mundo es una selva de mentiras en que se extravía, y avanza al tuntún. Está solo y perdido con la pureza de su verdad en el corazón.

En el correr de los ríos subterráneos el hombre

se anega. Su sentimiento se exagera en la búsqueda humana. Quiere sentir a todos los hombres, ser cada vez más grande, comprender cada vez mayor número de humanidad. Es inconmensurable en su sentimiento. Es lo que ha sido siempre en la espera de ser. El deseo brota a torrentes. Es tromba desatada que nace en su centro, en el centro mismo de esta tierra y es lo ínsito, lo inmanente, la flor de la pampa, su sonrisa, es el espíritu mismo de esta tierra... Es un hombre sencillo que, entre otros hombres, va caminando por la calle Corrientes. Un hombre tranquilo, de cultura escasa, de modales algo bruscos pero afables, de indumentaria chirle. Es un porteño cualquiera. Ya cruzó la calle Florida. Está pasando Maipú... entra a un café de la calle Esmeralda. Allí está con un camarada en el fortín de la amistad. Allí está seguro y habla de cosas pueriles. Habla y se ríe. Está contento. Fuera del reducto amistoso, la vida dañina ralea la dignidad y el número de los hombres, pero allí dentro es inofensiva.

El hombre habla sin apuro, como si la eternidad fuera suya. Su lenguaje es por ahora la única rehumanización de sus desvelos inconscientes. En el lenguaje, el hombre incoa el proceso de rehumanización de la vida entera. Su lenguaje ya es impreciso, indeterminable, monótono por fuera, afiebrado por dentro, como un hombre

cualquiera. Su lenguaje es ya una música cuyas notas son pocas palabras que se amalgaman, se enmiendan o someten mutuamente, como líneas melódicas de una sinfonía, aliadas a gamas infinitamente cambiantes de miradas, de voces y de gestos, entrelazados con pausas en que la cordialidad crepita y chisporrotea con el goce de una lumbre hogareña. Ya hay algo nuevo en ese amasijo informe de la amistad. Por primera vez, el hombre está junto al hombre.

LIBRETA DE APUNTES

Esto es más vida

LIBRETA DE APUNTES

*MACEDONIO. — El primer metafísico de Buenos Aires y el único filósofo auténtico es Macedonio Fernández. Su libro “No toda es vigilia la de los ojos abiertos” es ya una biblia esotérica del espíritu porteño. Todo lo que se pueda decir, ya está en él. Lástima que sólo poco elegidos pueden salvar el escollo de su idioma enmarañado. Es un alegato pro pasión, un ataque al intelectualismo extenuante. Su filosofía es la filosofía de un porteño: es la quintaesencia, lo más puro, lo más acendrado del espíritu de Buenos Aires. Por eso está solo y espera; él es también, en gran parte, un eslabón en que el espíritu de la tierra se encarna. Posiblemente seguirá solo y seguirá esperando. Y así por los siglos de los siglos, porque Macedonio ya está para siempre el primero y más grande en la secuela de profetas porteños. Amén.

*RECATO. — Supe que esta tarde había estado por suicidarse, tal era su desesperación. Charlamos un rato. Parecía jovial y despreocupado.

Tenía un pestañeo incómodo. El porteño es así: no dice nada. Y hace bien. ¿En qué lo hubiera podido ayudar yo en esa emergencia? ¿Compadecerlo? ¿Para agregarle un agravio a su pena? Pero no se suicidó y él más tarde me contaba el trance sonriendo.

*AMIGOS DEL ARTE. — Son amigos del arte extranjero, por lo visto. Sus entradas y subvenciones las dispensan en onerosas conferencias de literatos extranjeros. Diez mil, veinte mil pesos a cada uno. Mientras tanto, los escritores argentinos se mueren de hambre. ¿Cómo somos de rumbosos, no?

*HISTORIA. — Las fechas históricas fueron escritas con tiza en la memoria del hombre porteño, y al primer sacudón se borraron. El solamente conserva los recuerdos de sus emociones.

*SENTIDO AGROPECUARIO. — El dinero es respetado en sí mismo, pero no sus tenedores. “Hijo de bolichero” “Hijo de ferretero”. A nadie se le ocurre menoscabar a un tipo diciéndole: “Hijo de chacarero” o “Hijo de ganadero”. El único dinero aristocrático es el agropecuario.

*ENCANTO DE BUENOS AIRES. — La trabazón que da la soledad. El porteño es un marino. Buenos Aires es un enorme barco inmóvil que está varado en la vida.

*ME DIJO EL HOMBRE. — En los días de pesadumbre, esos días en que uno se derrite en una tristeza de rumiante, me gusta zambullirme, anegarme, en esa corriente humana que ambula por las calles, abandonarme a sus flujos y reflujos, a sus vaivenes: disolverme en ella.

*TIMBEROS. — ¿Qué importa que treinta o cuarenta millares de timberos se desplumen entre ellos o desmedren sus peculios cediendo sus pesos al Jockey Club, en pago del espectáculo? Lo pernicioso es dedicar dos o tres páginas diarias de informaciones, datos, pronósticos, tan bien elaboradas que dan ganas de jugar nada más que para entenderlas.

*ESTADO DE ÁNIMO. — Un atardecer en la esquina de Santa Fe y Junín. El cielo que se empaña. Un rastro rojizo de luz. Amarillean ya las ventanillas de los tranvías y las vidrieras de los comercios. Cada tranvía conduce una mujer boni-

ta. ¿Quién será? ¿Adonde irá? Se recuerdan los lugares en que se conocieron muchachas. Es una imagen rápida y fugaz. Casi una idea. Flores. Cabillo. En cada barrio hay una novia que se tuvo y se reencontraría encantado. Su conocimiento fue obra de la casualidad. Pero está el centro... Todos los tranvías con mujeres bonitas se van para allá. ¡La calle Florida, angosta y sensual! ¡Oh, si uno pudiera estar en todos lados al mismo tiempo! Y de pronto, sin motivo, el apabullamiento. Es la tristeza que chorrea. “De todas maneras no me van a querer... No tengo auto”. Y se va con tristado. En la esquina a boca de jarro tropieza con un amigo algo entrado en carnes. No alcanzó a componer y el gesto y el otro observa: “Che, usted parece triste. ¿Qué le pasa?” “¿Triste yo? No, hombre, le habrá parecido. Pero de lo que no hay ninguna duda es de que usted está cada vez más barrigón” “La buena vida, che”. Y ambos ríen.

*CULTURA. — ¿Por qué se querrá que seamos de distinta manera de la que somos? ¿Por qué alegrarnos artificialmente si somos tristes, si queremos ser tristes? ¿Por qué hemos de imitar la displicencia decadente de un francesito? Somos apáticos o apasionados.

*ABSTENCIÓN. — Hay una lucha enorme ya

planteada y entablada entre dos gigantescas potencias materialistas: EE. UU. y la Rusia Soviética. Ninguna de las dos tiene una migaja de espíritu. Rusia lo perdió al iniciar el bolcheviquismo. La rebelión era el espíritu ruso. Ahora se les acabó el misticismo. Nosotros debemos abstenernos. Somos una asociación espiritualista. La más bella desde la decadencia de Atenas. A los romanos no hay que contarlos. Ensuciaron el mundo. Eran pusilánimes y se lavaron las manos en los códigos. Fueron injustos para no ver la humanidad. Los romanos actuales son los rusos y los americanos del norte. ¡Allá ellos! ¡Cuidado con las rivalidades! ¡A no entusiasrnos con las manufacturas y las industrias! ¡Así estamos bien! La carbonilla y el empapelamiento nos repugnan.

*ARBITRAJE. — El Hombre no será nunca la unidad de un estado imperialista. Es el hombre de los arbitrajes. A menos que lo ataquen. Es congénitamente demócrata. Ni siquiera concibe la posibilidad de otro sistema social.

*PRECIO. — La mujer porteña pide dinero al hombre. Pide autos, trajes, cosas lujosas. No pregunta: ¿Qué es usted? Sino ¿Qué ha hecho y qué ha conseguido? Y el hombre, que ha sacrificado

todo a la fidelidad de su espíritu, que ha cultivado su humanidad y nada más, advierte que eso no vale nada para la mujer, vale menos que el tapizado de un mueble o el barniz del auto.

*TIPOS. — La expresión pintoresca de algunos individuos. Adoptan términos deportivos. “Che, dijo uno, lo vi al secretario del ministro. Lo aguaité. Le lancé la bomba... y explotó. Se quedó groggy. ¿Sabes? Se caía solo. Entonces, paff... le mandé un directo. Y di justo. ¿Qué te crees? Cuando quería reaccionar, paf. Y así hasta que lo dejé knock out. ¿Ves? Aquí está el nombramiento”.

*STANDARD. — Los norteamericanos, bajo la dirección de Ford, van a erigir una fábrica gigante para hacer hombres standards. De todas maneras allí los individuos no interesan al juego social. Son inferiores a la mujer y a su propia fuerza. Waldo Frank quiere catequizarlos. Waldo Frank es un soñador que se equivocó al nacer. Es un porteño. Es macanudo, ¡Qué lastima! ¡Nos hubiera venido tan bien un hombre como él! Y allá no lo van a aprovechar.

*ENCIERRO. — En el encierro de su empleo,

el porteño no sufre, con tal de poder estar consigo mismo, divagando. Si lo sueltan, se iría a encerrar voluntariamente. En su casa, en un cine, en un café o en otro escritorio. En el Balneario no hay nunca nadie. Salvo los días en que el calor aprieta. Es una ciudad rica que tiene parques paupérrimos. El sol está sobre el río. Tarde primavera o de otoño. Hay dos millones de haraganes, y ni una embarcación sobre las aguas. Buenos Aires es una ratonera. Por eso el que entra ya no se va.

*DESENCUENTRO. — Las mujeres invaden las calles a la hora en que todos los hombres están enjaulados en sus oficinas. Al caer de la tarde, —cuando comienzan las sombras; más tarde en verano, más temprano en invierno— las mujeres huyen a sus casas despavoridas. Las pocas rezagadas se enjambran en algunas esquinas y aceras, en Suipacha, en Lavalle, en Corrientes, en Florida. Esas rezagadas alcanzan cotizaciones elevadísimas de miradas, de deseos, de apetencias. Entonces hacen su presentación las mercenarias. Quieren hacer creer que son las que huyeron y vuelven, pero no engañan más que a los muy apurados. Así en la posesión de la calle se procede por turno riguroso. Es tan inusitado encontrar de noche una mujer en la calle Corrien-

tes, como un hombre a la hora de la siesta en Suipacha.

*SIMPLICIDAD. — Es difícil ser simple. El campesino enriquecido es el individuo más tontamente fastuoso. Su fasto es el afán de restregar su dinero por las narices a todo el mundo. En Rosario se advierte más agudamente que aquí. Reencontrar la simplicidad es la tarea a que se aboca el que ya encontró la opulencia. Simplicidad no es anemia, es una sinceridad que tiene los medios de expresarse. Todos los pobres son simples hasta que se enriquecen. Entonces se complican. Lo denotador de una grandeza es la simpleza en el poderío.

*LO QUE NO TUVO. — Cantar ¿qué? ¿Su tragedia? ¿La suya? ¿La del otro? ¿Si la vida está abriéndose ante él en franca deshiscencia! Pero él llora, es decir, él no llora, se sorbe las lágrimas y se ríe. El se ríe siempre. Pero es por fuera. Ríe por lo que no ha reído. Lloro por lo que no ha llorado. Sufre por lo que no ha sufrido. ¡Qué mundo prodigioso se podría construir con las emociones desperdiciadas! Hay un universo de afectos irremediabilmente perdido.

*EVOLUCIÓN. — Es curioso. El cristianismo que fue religión de pobres y de sencillez ha terminado en religión de ricos, suntuosa y ornamental.

*SUEÑOS. — El porteño envuelve a la mujer que le atrae en una malla de sueños tan densa que la mujer es apenas la bolita de nieve que comenzó a rodar. Inventa proezas en que él es el héroe. Puerilidades. Él se avergüenza hasta de ellos. Se avergüenza hasta de haber cedido a su encanto.

*FRASE. — “Soy la sombra de una vida, murmuró. Por eso no me encuentras”.

*GENERALES. — Los generales del siglo pasado fueron más políticos que militares y laboraron acertadamente en la gestación del estado. Hoy es a los políticos a quienes corresponde esa tarea. ¡Dios mío qué torpes son los generales de hoy!

*OPINIONES. — ¿Qué los europeos no nos conocen? ¿Y qué importa que sepan cuántos kilómetros cuadrados de superficie tiene la repú-

blica o cuántos millones exactos de vacas se apacientan en nuestros campos?

*ESCENA. — “No me hable de una mujer, exclamó. Tengo una fantasía exuberante e inmediatamente me forjó una imagen obsesionante, una imagen que me atrae como ninguna mujer podría atraerme. Entonces necesito ver a la mujer que me ha descrito para destruir la ficción que yo he creado, para despejar la alucinación”. Y no le hablé. Quién sabe lo que hubiera ocurrido con ese tremendo porteño que se pasó de la raya, porque la mujer de quién yo iba a hablar era muy linda y no iba a encontrarla, porque ya se había muerto. Esto sucedía en el Café Tokio, frente a los Tribunales, en un ambiente de leguleyos y avenegras. Él era una de ellas.

*EMBRIAGUEZ. — El vermuth embellece a la desdentada violinista, que exhala un tango en lo alto de una predicadera. Ocluye con un incisivo albo la negra ausencia del diente que le fue extraído. Contornea las descarnadas pantorriüas de la pianista. Tizna de blondos reflejos las mechetas hirsutas y crinudas de la maríscala de la batería. Cura la clorosis del segundo violín. Armoniza la cadencia dislocada y hambrienta del es-

trado disonante... ¡Y esas tres doncellas armónicas piensan en él! Disputan su predilección. A la vuelta de la esquina, sin que él las siga, lo llamarán. El alcohol teje sus imagerías con el deseo. “Si yo fuera rico, dice, sería borracho”.

*EGOCENTRÍA. — Leer la descripción de un estado de ánimo porteño equivale a leer su propia biografía anónima.

*ATAQUE. — El arquetipo norteamericano es un ser rudimentario y despreciable. Es un troglodita que anda en aeroplano.

*IMPOSICIONES. — El pueblo es voluntarioso. Se le ocurrió usar pijama y lo implantó a pesar de las acerbias críticas de los diarios. Se le ocurrió bailar el tango y cantarlo, e hizo de él una música internacional, a pesar de la oposición de los diarios que hablaban de música canalla.

*LAS ENEMIGAS. — En silencio todos conciertan. El pensamiento es una identidad en el recinto de la conciencia. Las que discrepan son las palabras. Las palabras son enemigas del re-

poso del hombre. Si habláremos por señas seríamos mejores. El Hombre se acerca. Ya habla poco, y son más decidoras sus miradas que sus vocablos.

*TRASNOCHADA. — Maggy, cuando nos expulsaban de todos los lados, sabíamos que en el horizonte cuadrangular de tu lecho teníamos un cachito de sol de tu país. Era una amistad nocharniega que mordisqueábamos a trocitos. ¡Ojalá tu fatiga senil arrulle el canto de los hijos que nos ahorraste en tu vientre!

*CREENCIA. — ¿Tú crees en eso? le pregunté. Hablábamos de astrología y de magia. “Ni creo ni descreo, me dijo. El mundo es un semillero de misterios inexplicables. Yo no veo más que milagros”. Tenía razón. El hábito arropa lo extraordinario, lo borra de nuestra curiosidad. El movimiento de un tranvía, el vuelo de un aeroplano ya son pasmos avenidos a cosas familiares, que no intrigan, como no intrigan los milagros de la naturaleza, que reaparece cuando la miramos de nuevo con cándidos ojos de niño. Yo mismo, ¿cómo estoy aquí, en esta calle precisamente y no en otra? ¿Qué objeto me trajo? ¿Qué destino cumplo? ¿Cómo veo y oigo y recuerdo mis represen-

taciones y me reconozco a mí mismo? ¿Qué fantasía superó estos prodigios? ¿Y un fantasma? ¿Por qué no? ¿Qué se yo? ¿Ni sé siquiera si dentro de tres minutos me voy a morir?

*AGRADECIMIENTO. — Los muebleros saben que Sarmiento dijo que gobernar es poblar y en homenaje al propiciador de los nuevos hogares todos se han establecido en la calle que lleva su nombre, salvo los descarriados que asignan el dicho a Alberdi.

*PRINCIPIOS. — Hay que reexaminar los hechos, indagar su expresión, encontrar su signo. Un robo o un asesinato pueden no ser actos humanamente punibles y ni siquiera reprochables, aunque lo sean legalmente. Un principio, dicen. ¿Y el hombre? ¿Acaso un hombre es menos apreciable que un principio? Si los principios no sirven a los hombres, ¿a quién sirven? Aquel adulterador de substancias alimenticias anda suelto y pavonea. Sus conservas habrán acortado en muchos meses, quizá en años, la vida de sus consumidores. Es un asesino al por mayor y está suelto. ¡Ah, pero los principios! Debería tenerse un principio distinto para cada hombre.

*REVISIÓN. — La calle de la infancia, de la adolescencia, de la juventud. La calle de siempre, que desconoce de pronto. Es como si la mirara desde la historia, como si súbitamente hubiera olvidado que en esa casa vivía un mozo rubio y alto que salía diariamente a las siete y quince, como si no supiera que el almacenero era panzón y calmoso, como si ignorara la perspectiva que vería en la esquina, al dar vuelta, como si ignorara todos los hechos que irían a la zaga de lo que estaba observando en ese momento. Era una calle sin recuerdo. Un instante dejó de ser una calle porteña.

*DESILUSIÓN. — El Hombre... pensaba en su madurez como si algún día debiera de ser vaca, o perro u otra cosa extraordinaria. Ahora se siente todavía un niño. Quisiera jugar con ellos. Le dirán que está loco. Y él está seguro de que los demás sienten como él. ¡Qué difícil es entenderse!

*TRADUCCIÓN. — El Hombre usa chambergo. La galera le repugna. Es rígida y empacada. En él no hay nada rígido ni empacado. El chambergo blando traduce la personalidad.

*AVISO. — Se necesita un maestro. Sí; pero

uno de los nuestros, a quien escuchar, de los que hayan sufrido los mismos quebrantos, los mismos abatimientos, las postergaciones sin límites. Maestros, no fonógrafos repetidores de dogmas, de mitos, de teorías. Uno de los nuestros, listo de comprensión e indulgencia. Uno de los nuestros mejor que nosotros, se necesita. ¡Preséntese Macedonio!

*PASIÓN. — Hay una pasión que nos ennoblece y agranda. No importa el objeto de esa pasión. Lo demás... lo demás en duro de calificar.

*ÉXITO. — Un pichón de sabio que se vuelve arribista, súbitamente. Trabajó muchos años en silencio. Redactó obras singulares, sin premio. Los diarios le han publicado una noticia y la aureola conseguida y los halagos le descuajan. Traba relación con los periodistas, los halaga. Se hace amigo de un director, y va a la milonga. Adopta unas poses interesantes. Pero sus amigos lo censuran.

*SOLEDADE. — El aduce su vida disipada. Menta el número de mujeres que ha tenido. Por eso mismo. ¡Y qué horrible debe ser eso! Sentir a su

lado el cuerpo de una mujer. Ver en la vislumbre de la noche su ritmo respiratorio combar su pecho, las aletas de la nariz flexionar al embate de las trombas de aire que alimentan sus pulmones. Ver la epidermis lucir suavemente en la penumbra y sentirse solo en la noche, sin comunión, sin confesión, sin un dios siquiera. ¡Un grano de arena en el sistema del mundo!

*RECONQUISTA. — Es preciso emprender la reconquista de lo elemental, purgarse de sabidurías, evacuar todo lo que no hemos eliminado ni eliminaremos. Daremos a nuestros descendientes una infancia de cuatrocientos años. Como si Mendoza hubiera fundado ayer a Buenos Aires. ¡Cuántos años hemos estado perezeando y verboseando!

*EL DESCENDIENTE. — Mostrar que el Hombre es el descendiente de los gauchos que dicen: ¿Para qué? y se van al trotecito, a plomo en su apero, vagabunda la mirada. Y son los gringos los que trabajan la tierra, sórdidamente.

*INMIGRANTES. — Eran cien mil esclavos anuales embaucados y baratos. Trabajaban hasta

morirse con el único premio de una administración de propiedades y un trabajo cada vez mayor. ¿De qué sirve la propiedad y el poder a un hombre no educado para su uso? Va al teatro y se aburre. Se hastía en los conciertos. Pasear, es perder el tiempo en la recriminación de su conciencia. Pero la tierra pasó a sus manos. Ese fue el único inconveniente del método. Los criollos haraganearon de lo lindo. Ahora tienen que trabajar personalmente.

*DELITO. — El resumen es delictuoso. ¿Quién es? ¿Qué dice? ¿Por qué lo hizo? ¿Es bueno o es malo? Nada, es una vida, es el gesto de una vida, una de sus palabras. No es así, ni de la otra manera. ¿Quién sabe qué razones tendrá!, dice el Hombre.

*REO. — El hombre gusta de la vida rea. El desorden le es casi grato. Parece que hay una eventualidad. El se plancha los pantalones con una botella llena de agua caliente. Íntimamente, el Hombre desea el orden, pero el desorden es una aventura. Descubrir un botón de cuello tras larga exploración, equivale a descubrir el Polo.

*RETROSPECCIÓN. — Elogio de los conven-

tillos llenos de sol. Eran casas bajas y aireadas. Un poco sucias solamente, pero la suciedad es sana. Tiene vitaminas. Los conventillos han sido sustituidos por las enormes casas de departamentos. En la misma superficie vive el mismo número de personas que antes, pero ahora sin sol, sin aire. A eso le llaman progreso. ¡Está bueno! Yo prefiero los arrabales, feos y desordenados, pero anchos de sol y aire. En el conventillo había un cantor, y los conciliábulo de comadres daban pábulo a las historias de humanidad cercana y vivida de la alcahuetería. Ahora oyen carraspeos de radio telefonía y ven chismorreos estúpidos en los cinematógrafos. Las heroínas de los cuentos conventilleros solían no casarse, las del cinematógrafo se casan irremediabilmente. ¡Qué parvedad de imaginación ésta del progreso! Los pobres de 1850 eran más pobres, pero eran más felices.

*POBREZA. — Nuestras realizaciones son miserables. Las míseras conquistas de la técnica ante la variedad y complejidad de los problemas vulgares. Por ejemplo: el cálculo de equilibrios que resuelve un individuo que se larga de un tranvía en marcha. Ni Newton lo plantearía en términos correctos. Es más fácil predecir un eclipse. El cosmos tiene una mecánica para embelear tontos,

pero la que está dentro de esa, no la alcanza nadie.

*PREGUNTA. — ¿Por qué el porteño se alegra cuando es parte de una multitud? Es dicharachero. Lanza pullas, chuscadas. Es ingenioso. Oír la concurrencia de las tribunas populares. Los comentarios chispeantes. Vuelven con el mismo humor, hacinados en vehículos incómodos. Se fraccionan. Unos van a sus casas, otros al café. ¡Ya están de malhumor y maliciando! Los grupos se miran con recelo, hoscos. ¿No está escondida una imagen de mujer, que no se ve, en la cancha de fútbol?

*MÚSICA. — Es relativamente escasa la concurrencia de melómanos a los conciertos. Anuncian la novena sinfonía de Beethoven y el teatro se colma, aunque sea el teatro Colón. Esa música cálida es un tango excelso.

*IMPOTENCIA. — ¡Qué formidable tarea cumple cualquier menestral! ¡Qué heroísmos desconocidos! ¡Qué prudencias, qué tácticas en el desempeño del oficio más humilde! Yo escribo... es una miseria. Yo escribo parte de lo que él siente. Él

me encomia, porque he logrado decir una ínfima parte de lo que él intuía ya. Y yo me engrío. Las jerarquías, ¿quién las estableció? Por eso me parece grande el elogio del fracaso que escribió Cunninghame Graham. Era un inglés que vivió mucho aquí. Sólo un porteño podía escribir eso. Cunninghame es un porteño inglés. Hay otros muchos desde el Almirante Brown.

*ECONOMÍA. — La pobreza es como una lepra. Se pega. Ser pobre no es delito, mientras la pobreza no aflore. La suciedad exterior insinúa enfermedad. La limpieza y arreglo, salud. Hay una demarcación en cada extremo.

*NARCISO. — Se empezó a arreglar para agradar a las mujeres y engatusarlas. Ahora se arregla por puro gusto. En realidad es un dejado, no un paquete. Sabe que su ropa simula una riqueza que no tiene y que las mujeres husmean. Pero odia lo singular, lo vistoso, lo llamativo. En el momento en que está con amigos, quisiera ser igual a todos y embellecerse de golpe, delante de la mujer que le atrae.

*PRONTITUD. — No es pendenciero ni hombre de altercado, pero si se le agachan manotea.

*BAILE. — Es un misterio. ¿Por qué baila el Hombre? Descartado el placer sensual de apretar a una mujer, ¿qué goce experimenta? Doblegarse al compás, es sumisión que debe irritarle. Comprobación: Cuanto más marcado el compás, menos le complace. No baila un paso doble. El tango es casi caminar. Pero en realidad le gusta más charlar, hacer tertulia. Una conversación trenzada con calor, es su mayor placer. ¿Será que aleja a la mujer de su deleite preferido y piensa: “Con la mujer no se puede hablar. No se puede sino bailar”. ¿O por herencia europea, seguirá creyendo que bailar es divertirse? El porteño no se embriaga en el baile, como el europeo o el norteamericano.

*CACHADA. — La cachada es la suplantación de la sorna. El Hombre es respetuoso con su interlocutor. La socarronería no es de su carácter. Cachar es inducir al otro con seriedad a una lamentable equivocación. Burlarse sin socarronería. Burlarse, pero no delante de él. El Hombre prefiere pelearse. La sorna se gasta solamente en complicidad chacotona con la víctima o cuando odia.

*OBJECCIÓN. — Somos más de dos millones. Eso es cierto porque nos contaron a uno por uno.

Pero los individuos ¿son más felices que cuando éramos quinientos mil? La fecha no la recuerdo, porque no había nacido. ¿No hay un límite para el incremento de la población? ¿O a lo menos para el desear que siga aumentando? ¿Aumentan proporcionalmente los recursos? ¿Y hasta qué límites? ¿No es más fuerte una nación de 10 millones de individuos robustos que una de 20 millones de famélicos? Los socialistas propugnan el aumento. Claro. Así crean problemas sociales y justifican el marxismo que ahora está un poco fuera de lugar. La nación más dichosa no es la más densamente poblada. Allá hay verdadera miseria. Hambre. ¿Saben ustedes lo que es Hambre? Yo la sentí una sola vez, y es desagradable. Allá recurren a las reservas del sub-suelo, a las vetas carboníferas y ferruginosas para tener algo que cambiar por trigo y carne. Recurrir al sub-suelo es extenuación; como el cuerpo humano recurre a los tejidos adiposos profundos cuando lo acosa la necesidad. El Hombre es yuyo de quimiotaxis positiva, brota en el suelo y asciende. El que desciende, es que está cayendo. Ser muchos... ¡No, señores! ¡Ser felices... y fuertes para amparar esa felicidad! El temeroso no es feliz.

*CIENCIA. — La ciencia honrada tiene el juicio

inhibido. Puede decir: he comprobado esto, y nada más. No puede negar nada a priori. Ni inducir premisas, ni sacar consecuencias. He comprobado esto. Y a mí, ¿qué me importa? Las reglas cartesianas son el mayor disparate que se imaginó. Generalizar... ¡pero señor, si jamás podremos asegurar la identidad de las circunstancias que rodean los fenómenos! ¡Ni siquiera el mundo está en el mismo lugar! Leyes y teorías se suceden en mutua corrección. La ciencia tiene tantos parches y remiendos, que ya no se ve la ciencia. Una manzana cayó de tal altura en tal tiempo, una, dos, tres, mil, diez millones de veces. Y ¿por eso va a asegurar que a la vez siguiente caerá en la misma aceleración? ¡Vamos! Mil veces pasé bajo un techado. Estaba por hacer una ley física y a la mil y una, me cayó una teja en la testa.

*ODIO. — El odio porteño es insidioso y lento. Carcome pero no mata. Lo odiaba y le dio un puntapié al jarrón de Sevres que él más cuidaba. Se hizo el distraído. “Te voy a dar jarrones, pedazo de maricón”, pensaba. El odio es tenaz, anida siempre detrás del hombre odiado. No hay comentario en que no reluzca y le dé un tarascón. “No me hables de ese idiota”, dirá. Y fue él quién lo trajo a colación.

*LA PATRIA. — Dignifiquemos la palabra patria. Dejémosla que en el reposo se empape nuevamente del espíritu de la tierra. El que la enuncie para disimulo de sus intereses personales, el que la pronuncie como tapujo de sus conveniencias de gremio, de querellas económicas o en simples discordias entre el capital y el trabajo debe ser condenado a cien tundas en las nalgas.

*MEDIODÍA. — El hombre va con su misericordia junto al sol que se derrama en la calle, junto al hombre que se escabulle del hombre, como la sombra de su propio destino. Va con su espíritu incógnito, refregándose al ras de las casas, en el mediodía luciente, entre muchachas joviales, modistas y escolares que no envejecen. Está solo en su soledad, y ya no es nadie y espera el tranvía y la muerte en una esquina cualquiera. Mediodía del hombre, tumba de sus deseos, fruto escéptico. Sus apeteceres le aniquilan y le marcan en el lucero diurno, entre el rodar de los ómnibus, el pasaje de los autos, en la calle que las ausencias pueblan y donde el hombre es nadie, uno cualquiera que va con su chamberguito gris, su corbata barata, su traje desdibujado, su charol económico. Nadie bajo el sol que es de todos, sobre la impiedad del granito que holla y es eterno. Solo y en todos —como el sol.

*AVENTURA. — ¡Qué prodigiosa aventura es para el porteño el relato de las aventuras de los otros! Oye con fruición las vidas ajenas. Las revive en él. El capataz del Banus, dice: “Yo quisiera una motocicleta para irme a Perú”. El porteño ríe enamorado de ese disparate. El capataz es un alemán veterano de la guerra.

*CINE. — El cinematógrafo es el mayor enemigo del espíritu porteño. Debía ser penado con fuertes impuestos para evitar una corrupción lamentable. Por él se cuele lo más antipático del ademán norteamericano: el elogio de la ambición, la pornografía apenas orillada, la sensualidad sin altura. El cine norteamericano es, además, un estupefaciente tan poderoso como el opio o la morfina. Es un sustituto de la vida en que el uso de la vida se relaja. El espectador consuetudinario de cinematógrafo es un ente muy inferior en humanidad al lector de crónicas policiales. En las crónicas policiales suelen mentarse maestrías de humanidad insuperables.

*DOGMAS. — No, señores, nada de dogmas ni de teorías importadas, ¿Qué es eso de librecambio o de proteccionismo? ¿Se piensa sacrificar la posible solución de un problema a una palabra?

*JUEGO. — El jugador porteño es un sórdido atesorador de sensaciones. Ninguno de ellos codicia dinero, aunque todos hablan de él como del objeto de sus devaneos. Todos los timberos tienen la certeza de que en el juego no harán fortuna. Un carrerista sabe que al final de las ocho reuniones el Jockey Club les ha substraído más del cincuenta y cinco por ciento del dinero jugado, pero ellos no buscan dinero. “Hermano, dice uno. No hay emoción parecida al de una llegada en que los burros se acercan al disco apareados...” Hablan de sus emociones y no de sus peculios.

*DOMINGO. — El domingo porteño es tristemente célebre por su tedio. Ahora por lo menos, están los profesionales del fútbol.

*ALEGRÍAS. — Ese miope porteño era un defraudador. Se recreaba con la policromía de los letreros luminosos y no veía las letras. Todos los porteños son algo miopes para las cosas que no llaman sus sentimientos. El introductor del Yum Yum, goma de mascar, hizo una propaganda de todos los diablos. Gastó un dineral. Todo Buenos Aires se divirtió a su costa, comentando el asunto; pero el introductor fundió hasta el úl-

timo cobre. Las tragaderas porteñas no se adaptan al chicle.

*DIVORCIO. — ¿Y por qué un hombre de buena voluntad dijo, displicentemente, hace veinte siglos: “Lo que yo ato en la tierra atado está en el cielo”, Antonio no puede separarse de Luisa, con quien está reñido y a quien odia? ¡Qué absurdo!

*EVASIÓN. — El Hombre casado que se evade de la tiranía de su mujer. La manda a Mar del Plata y él reemprende la vida de soltero. Se va a la milonga, a la trastienda de almacén que frecuentó antes. Busca a sus amigos. Es más feliz. No lo confiesa y dice añorar la mujer. No quiere demostrar su defraude.

*DISCUSIÓN. — El viajante es un tipo pintoresco. Recorre la República y se aburre. Para distraerse, discute con sus ocasionales amigos. “Hace ocho años que discuto, decía uno de ellos, y aún no sé qué es más importante. Si la teoría o la práctica”.

*RELOJERÍA. — Todos los sistemas europeos procuran hacer de un hombre un instrumento de relojería.

*AUTORIDAD. — Cuando lo aplastan con la autoridad, el porteño se achica. Discute con un conocido reciente un punto de medicina exclusivamente lógico. Critica en el otro la conducción del razonamiento y no los testimonios que el otro aporta. De pronto sabe que el otro es médico y se calla. “Ah, me lo hubiera dicho”.

*MUCHACHAS. — Corruptor y corrompido, sensual, artero y desalmado. Cinco adjetivos que hasta los veinte años las muchachas porteñas creen que definen a un hombre.

*TARDÍA. — El Hombre, pensaba decirle: “Llegaste tarde, ya no te necesito. Podes irte. Ya estoy encanecido, viejo. Tengo fortuna. Caes como mosca al tufo de los morlacos. Ahora ya estoy curtido. Sé andar solo. Déjame en paz, si querés te compro por un rato”. Y después, el Hombre soñaba en que ella volviera.

*DEFINICIÓN. — Bromeando, el Hombre me dijo: “Soy una confesión que vive en procura de cosas que confesar”.

*PAMPA. — La pampa le jugó una mala pasada a Ortega y Gasset. Le hizo creer en promesas. Se llenó de espejismos para engañarlo. Y que falsía bien tramada debió ser, porque Ortega y Gasset es un observador poderoso.

*PARÁSITOS. — Como toda especie exuberante, el Hombre porteño soporta parásitos que medran a sus expensas, chupan su savia y en compensación niegan su existencia o le vilipendian. Hablan ahora de la chusma agringada, de la plebe inculta, como antes hablaban de los tapes, de los mulatos, de los zambos, de los indios, de las chiruzas...

*ACAPARADORES. — Los frailes se quieren acopiar el espíritu del Hombre, monopolizarlo. Por eso todos engordan. No hay alimento superior al espíritu ruando está bien aderezado con los pesos de la nación y de los fieles ricos. Pero el espíritu no necesita ritos, ni liturgias para sobrevivir.

*DELINCUENTE. — Un crimen, un robo, un asalto, un adulterio con homicidio son sucesos sin repercusión social, despreciables y previstos en el equilibrio colectivo. El delito mayor es darles una divulgación indebida, repartirlos por todos los ámbitos, redactados por plumas expertas en sensacionalismo, bajo títulos pomposos, como si se quisiera que todos los hombres tomaran por modelos las fechorías que relatan. Más delito que el delito es la publicidad morbosa del delito.

*PATRIARCAL. — La familia porteña es patriarcal. Nada se insinúa en contra. Ver la obediencia que el dueño de la casa exige a sus hijos. El obrero está en la puerta de su casa. De pronto dice a los chicuelos, con una voz que no admite réplica: “A ver, mocosos, no molesten a su madre”.

*RECETA. — Para combatir el egoísmo es necesario que cada hombre diga: YO, y nada más.

*CHANTAGE. — Este es chantagista. Y bueno ¿qué hay? Elementos pervertidos son de lógica presunción. Eso no es lo reprobable. Pero un chantagista presupone la existencia de un delincuente de gran calibre.

*MACHONA. — “Mira, no seas machona”, gritan las madres. “No me gusta que andes chaco-teando con los varones”. Hay un engreimiento en germen.

La historia argentina está llena de arquetipos maravillosos, en que el espíritu de la tierra se encarna sucesivamente. Hay uno, el más grande, en que la índole argentina es más neta. Fue débil para consigo mismo —era opiómano— pero en la tutela del espíritu de su tierra hizo proezas sin parangón en la historia universal. Era humano para juzgar y benigno con los demás hombres. Nunca tuvo ambición personal. Era sencillo y casi humilde. Renunció a la gloria en plena gloria. Fue glorioso sin proponérselo, resignadamente: por que el espíritu de la tierra se lo exigía. Se llamaba Don José de San Martín. De una vez por todas, dio una orden que debemos acatar por siempre:

SERÁS LO QUE DEBES SER
Y SINO NO SERÁS NADA

CONNOTACIÓN DE FUGACIDADES

*En el sentimiento porteño hay
una fe que está esperando.*

CONNOTACIÓN DE FUGACIDADES

Porque no intervine lo devuelto. Sea del azar lo que del azar provino. El espíritu se nutre por sí mismo y su albedrío sorprende a veces mi contemplación indiferente con la intromisión inesperada de una idea. ¿Con qué derecho combinaré lo que nació aislado? ¿A quién engañaré con el amasijo artificioso de lo que no he creado? ¿Qué méritos acumularé ensuciando con argamasa lógica la ruina menuda de la unidad disgregada? Doy, pues, esas presencias fugaces de un espíritu que es mío y me es extraño, en la misma desnuda manera en que llegaron: sin antecedentes y sin consecuencias.

Un orden, de cualquier categoría, presupone un desorden postergado. Un orden estricto se establece sobre el máximo desorden de una trastienda. Lo difícil es descubrir el cuarto de cachivaches de un sistema. Pero en general, en el cuarto de cachivaches está la humanidad del hombre.

Un niño construye en la playa un castillo de arena: es su ofrenda al mar. La marea alta llevará sus formas al horizonte inmóvil de las tardes y sus materiales a otros niños. Un transeúnte halla vanidad en mentar lo efímero de esa construcción, que nadie quiso eterna, y no aprecia que tan pueril y transitorio como el castillo es el pensar de su destino... y menos bello. ¿Por qué hablar del castillo si el transeúnte piensa en él mismo y no en el castillo.

Me intriga con frecuencia el origen de la tenaz oposición de mis deseos y de las realidades que pudieran satisfacerlos. Podría descubrirlo remontando mi recuerdo hasta las ya secas fuentes de mis sentimientos y de mis primeros juicios. Y ¿quién justificará después el empleo abusivo de lo que ya no me pertenece? ¿quién me dirá la palabra buena que aduerma los remordimientos de un depositario infiel? ¿Quién sofocará el somatén de los días redivivos y frustrados?

A cambio de un relato fastuoso, diste tu especie más sutil al viandante que una tarde cruzó tu aldea. Desde entonces vas y vienes, trabajas y te ríes, pero envidias el humo de la chimenea y el destino de las nubes que parten al país del pasa-

jero. Y no me crees cuando afirmo que él ha quedado junto a tí, que él eres tú mismo...

Te aprestas al envión del salto. Abajo hay un vacío que inútilmente quieren llenar el mar y el cielo. Estás en un peñón, y te separa del agua la misma distancia que te separa de la muerte. Vas a zambullir, y todo tu ser calla, recogido en una expectativa ansiosa. También callan el cielo y el mar. Te empinas suavemente y caes sobre un mundo invertido. Caes viéndote subir. Crees subir y te precipitas. Resucitas al pie del peñón con todo el júbilo de una vida renovada... Yo sé que ahora temes caer en tu abismo y no saltas. Presientes en tu fondo la ausencia del agua piadosa. Y alguna vez hay que saltar, porque el peñón es estéril.

Dices: “Esta es la historia de todos los mundos”, y apenas logras conjugar los elementos que tienes a mano. Un hombre con cola y tridente, un sentimiento con brazos ajenos, un río que asciende o un pensamiento que se arrevesa son transposiciones infantiles. Pero lo verdaderamente fantástico ¿quién pudo captarlo en el seno de un delirio, de un éxtasis? ¿Y de qué palabras se valdrá para decirlo? ¿No serás tú, lo verdaderamente fantástico, y no quieres verlo?

Partiste de la infancia y fuiste manirroto para disipar tu asombro. ¿Qué te dieron en trueque de tu candor? ¡Cuántos números, cuántos nombres conoces! ¡Qué sabio eres! ¿Y duermes todavía con un sueño no turbado por el deseo de que el nuevo día sea distinto del anterior? ¿Duermes todavía no atenaceado por el deseo de ser distinto de tí mismo?

La pareja del viento y de la noche golpea la ventana de tu imaginación. “Vamos”, dicen. ¿Y dónde será más grande el silencio que no oyes y más claras las pausadas voces que no escuchas?

¡Cuántas máquinas tienes! Pero tú ¿dónde estás que no te veo?

Con el volante en la mano y el pie en el acelerador unificas el andar del tiempo y la distancia. Pareces bello, inmutable e insensible como un dios. Una piedra del camino, un bache anónimo, vuelca tu coche. Bajo los escombros escucho tus lamentos. ¡Qué débil habías sido! Me acuerdo de los seres miserables que iban cantando hacia la muerte... ¡Cuántas máquinas tienes! ¡Qué lástima que no tengas nada más!

Hay un momento alquímico en que el hierro fatigado se transforma en oro. Es el momento en que tú lo crees. Mientras tanto, avanza. Pero ten cuidado que no gires y estés retornando al punto de partida.

Hay un momento en que las contradicciones cesan, porque la razón tiene un límite y la fe es omnipotente. Se demuestra la existencia de los dioses muertos, pero la mansión de los dioses vivos está más allá de todo argumento. Tu razón es un perro que te sigue. Quizá el Cristo eres tú.

Muy en la entraña de los días está el futuro para que podamos deletrear su voz. Hay que escucharse... y después ser leal consigo mismo.

ACENTOS DE UNA SOLEDAD

*Devotamente, esta es una
oración del Hombre de
Corrientes y Esmeralda.*

ACENTOS DE UNA SOLEDAD

Has vuelto sin llegar. Ignoro el camino en que te buscaron mis noches y la desesperada intensidad de luz que mis ojos disiparon. Pero sé que mi súplica no amansará tu silencio ni descubrirá la soledada latitud en que resides.

Envías el sonido de los fonógrafos lejanos, la invitación estridente de los barcos que parten, el cariñoso perfume de las estaciones en flor, y sobre un paisaje invisible te trasladas siempre frente a mí.

Tu espejismo abrevia las perspectivas dilatadas, tu presentimiento apocopa las distancias sin fatiga y en tu esperanza reposan los cansancios.

Vives a mi lado, como la sombra, y como la sombra te escurres, permaneciendo.

Lo por decir enmudece en mis labios y en chisporroteos de leña, en rumores de calle presta al sueño en la sonochada o en quejasas voces de viento hallo más legítimo acento de mi soledad que en mi propia voz.

De ausencias soy. Ladrillo sobre ladrillo, para uno cualquiera un albañil edificó esta casa. Para uno cualquiera se escribió este libro. Soy más uno cualquiera que yo mismo.

De ajeno en tu espera vivo. Comprenden lo que en lenguajes comprensibles hablo, pero no la emoción que se detiene en el imperceptible estremecimiento de mi mano.

Sembrador sin sembradío, mis palabras se acomodan en cualquier mañana o se quedan sin sentido en el umbral de un zaguán, apabulladas por mi reflexión. “Tú también te irás, soñadora, soñando” o “Una nube de tristeza empaña su alegría”. Soy un niño que no puedo serlo. Soy un indigente sembrador sin sembradío.

Un lejano despunte de anochecer de juventud e

incmprendidas frases de fervor te dieron voz e imagen y el hechizo no se repitió.

¡Cuántas cosas que no hubiera hecho hice al buscarte! ¡Cuántos ojos miré, creyendo que eran los tuyos! ¡Cuántos labios besé, creyendo que eran tus labios! ¡Cuánta palabra innecesaria dije, creyendo que tú me oías!

Una imagen destruida se aviva en la espera y es el origen de otra imagen. Hay un horizonte para cada desesperación. Más de lo que hice, ¿qué haré? ¿No lloré, no reí, no canté, por si tú entendías mi llanto, mi risa o mi canto?

Esta primavera será, me decía en cada una, y las primaveras pasaron desmenuzando ilusiones. Este otoño, y los otoños fracasaron. ¡Ya no sé los años de mi edad!

El cadáver de mis empeños vanos fecundiza el pavimento estéril de las calles, y en cada pena ha de nacer un júbilo ajeno y venidero.

En ellos revivirán mis sueños.

Este libro que compendia los sentimiento que yo he soñado y proferido durante muchos años en las redacciones, cafés y calles de Buenos Aires, fue vivido durante los treinta y tres años del autor y escrito en un mes, Septiembre de 1931, a instancias amistosas de don Manuel Gleizer.